



Los tres blasones de España

Antonio de Coello y Ochoa

Jornada primera

PERSONAS

CURIENO

RETÓGENES

PANDURO

UN CAPITÁN

SOLDADOS

MILENA

FLORA

POMPEYO

LOS DOS SANTOS

MÚSICOS

Salen con música y fiesta algunos SOLDADOS españoles, MILENA, dama, FLORA, PANDURO, gracioso, CURIENO y RETÓGENES, y MÚSICOS cantando.

CANTAN

Viva el noble Curieno,

viva la hermosa Milena:

aquél afrenta de Marte,

y ésta de Venus afrenta.

RETÓGENES

Haya fiesta, haya alegría

en aqueste verde prado,

pues la tregua se ha jurado

celebrando aqueste día.

SOLDADO 1.º

Hoy tenemos libertad,

hoy Mario, cónsul romano,

levanta el cerco tirano

en que tuvo a esta ciudad.

PANDURO

Cuatro meses la ha tenido

cercada, y si su porfía

durara más, solo un día,

ya se le hubiera rendido;

porque tres días de suerte

la hambre nos afligió,

que a muchos ella mató

a quien no pudo la muerte.

SOLDADO 1.º

La fuerza es inaccesible;

sólo pudiera la hambre

rendirla.

PANDURO

Un ratón fiambre

¡oh necesidad terrible!

Para hoy guarde en almodrote;

Comí ayer de un alazán

una pierna en pepián.

Y una cadera en gigote;

pero ya que se ha librado

deste cerco Calahorra,

tengo de hacerme una zorra;

mañana he de estar vengado

del hambre y su tiranía,

que es muy grande majadero

quien muere de hambre: mas quiero

morirme de apoplejía.

RETÓGENES

Hoy, Curieno famoso,

que la guerra se acabó,

para darte el premio yo,

serás de Milena esposo.

Tú me pediste a Milena

para ser tu esposa amada;

yo, que mi patria cercada
vi en tal opresión y pena,
entonces te la negué,
prometiéndote que el día
que hiciese tu valentía,
de quien siempre lo esperé,
que el romano levantase
el cerco, te la daría,
y Milena ganaría
en que tal varón la honrase.
Y porque el valor se arguya
que mi fe y palabra encierra,
hoy se acaba ya la guerra,
hoy es ya Milena tuya.

Dale la mano a tu esposo,

Milena.

MILENA

Ya se la doy,

y tan prenda suya soy,
que con afecto amoroso
cuanto metal, que se encierra
por huir nuestra avaricia,
para ser del mundo guerra
supo sacar la codicia
despedazando la tierra;
cuantas perlas por el viento

el alba vierte al albor
que el nácar guardó avariento
o en la copa de una flor
el sol se bebió sediento;
cuanto diamante por fruto
produce el indiano oriente,
que es, pagando al sol tributo,
sustituto suyo ardiente
o ya pulido o ya bruto;
cuantos imperios profundos
circuye el mar, y ignoró
el Macedón, sin segundo,
y sólo el sol registró
por los ámbitos del mundo;
todos juntos, si pudiera,
hoy mi mano los juntara
y cuando yo los tuviera,
a ti te los entregara
todos, porque todo fuera
tan tuyo como Milena,
y porque esto más se arguya,
aunque en parte fuera pena,
para volver a ser tuya
quisiera ya ser ajena.
CURIENO
¿Qué imperio, dueño mío,

qué perlas, qué riqueza, qué tesoro,
qué diamantes, qué oro,
qué cetro, que laurel, qué señorío,
qué triunfos, qué despojos,
cómo estar al arbitrio de tus ojos?

dame, pues, esa mano,

que el jazmín avergüenza más honesto.
(Tocan cajas.)

MILENA

Cajas suenan.

CURIENO

¿Qué es esto?

PANDURO

Del campo del romano

sobre un bruto de tigre pretendiente,

por su piel caballo le desmiente,

viene un galán soldado;

pero ya se apeó, y aquí ha llegado.

Sale POMPEYO, cónsul romano.

POMPEYO

Espanoles, que os salís

de la ciudad licenciosos,

en fe de la infante tregua

que os concedió Mario, el cónsul,

ya sabéis, que mucho tiempo

con su campo numeroso

os tuvo cerrados Mario,

y que ya remiso y flojo

quiso levantar el cerco

y hizo treguas con vosotros,

debajo de unos conciertos
para mi patria afrentosos.
¿Pensaréis que va estáis libres
del daño con esto sólo?
Pues estáis muy engañados,
porque ya en vuestro destrozo
nuevo azote, nuevo rayo
vibré el cielo poderoso.
¡Ay desta ciudad humilde!
¡Ay de España y ay de todo!
Que el fuerte Pompeyo, el grande,
cónsul ya y del mundo asombro,
hoy ha llegado de nuevo
a nuestro campo famoso
a gobernar sus legiones
y a enmendar de Mario el ocio;
y viendo que los conciertos
eran a Roma dañosos,
no quiso pasar por ellos,
corrido que un punto solo
esta ciudad le resistan
de Roma al nombre glorioso
cuatro hambrientos que se atreven
de bárbaros o de locos;
yo, pues, de su parte vengo, (Ap.

quiero encubrir cauteloso
que soy Pompeyo), a deciros
que la ciudad y vosotros
os entreguéis luego al punto
o corteses o medrosos,
o si no tan grande estrago
hará, que en corrientes rojos
se inunde el muro y se llene
de humana púrpura el foso.

CURIENO

¿Has dicho ya? pues ve y dile

a ese rayo, que no sólo

no quiero entregar la fuerza,

mas que le mando...

POMPEYO

¿Qué oigo?

CURIENO

Que su ejército al momento

salga de aquestos contornos,

que si no, vive Milena,

que es el cielo que yo adoro,

que vaya allá, y que me traiga,

si solicitan mi enojo,

a él y aun a todo el campo

preso con tiendas y todo,

a que sean de Milena

vil trofeo y triunfo poco.

POMPEYO

¿Sabes tú quién es Pompeyo?

CURIENO

¿Quién es Pompeyo?

POMPEYO

Un asombro.

es aquel, que a sus hazañas
desde el Océano undoso,
Salobre tumba del día,
hasta el gran reino de Poro
que fue coto de Alejandro,
no quiso tener por coto,
pues ya del cristal del Ganges
bebió su ejército a sorbos.
Es aquel que con armada
limpió el dilatado Ponto
de corsarios, que eran tantos
que sus leños numerosos
una portátil provincia
parecían en el golfo,
es aquel que ha sujetado
los egipcios valerosos,
desde el Menfítico sabio
hasta el Catadupa sordo;
aquella provincia, donde
cuanto humor escupe undoso
por siete bocas el Nilo
el mar se bebe de un sorbo.
Es aquel que si levanta

el acero prodigioso,
en las tres partes del mundo
se quedan suspensos todos
pendientes de su semblante,
esperando temerosos
a cual dellos amenaza
la ejecución de su enojo;
es rayo, que vibra Roma,
es de Marte único oprobio,
es el sol de Italia, y presto
será de España destrozo.

Y porque mejor lo sepas
y yo te lo diga todo,
yo soy Pompeyo, yo soy:

mira si Pompeyo es poco.
CURIENO

¿Y tú sabes quién soy yo?

POMPEYO

No lo sé, no te conozco.

CURIENO

¿Sabes que soy Curieno,

destas montañas aborto

prodigio de aquestas peñas,

tan altivo y ambicioso,

que cuando a los hombres miro

quisiera entonces ser monstruo,

por diferenciarme en algo

y no ser como los otros?

Yo soy aquel que en el monte

con aquestos brazos solos

asiéndole de las puntas

derribo en la tierra un toro,

cuyos bramidos allí

son irracionales modos

con que me pide clemencia,

y yo entonces le perdono.

Soy aquel que asiendo fuerte

de las quijadas a un oso,

le hago tan grande la boca

que le llega hasta los hombros.

Soy a quien el rey de fieras

que también rendido postro,

sacudiendo la melena

con un instinto medroso

lame los pies, y esto entonces,

parece largo y es odio.

Y escribiendo alguna vez

en los árboles curioso

esta hazaña con mi nombre,

vienen a ser en el soto

padrones vegetativos

de mis hazañas los troncos.

Yo soy quien robles descuaja

como el cierzo o como el noto,
yo al impulso de mis brazos,
si él a fuerza de sus soplos.

Yo soy estrago de fieras,
soy entre los hombres solo,
soy cuartana del león,
y soy del romano asombro,
y yo soy, en fin, yo mismo;

mira si Curieno es poco.

MILENA

Y cuando no fuera tanto,

bastábale ser mi esposo

para ser más que ninguno

y para dar muerte a todos.

POMPEYO

Aqueso sólo temiera

en él, ya estoy temeroso,

que si tú estás de su parte...

¡Oh deidad! ¡oh sol hermoso!

Prodigio que nos dio el cielo

en su ultraje o su decoro,

hermosa afrenta de Palas,

de Venus valiente oprobio,

dulce lisonja o veneno

que va entrando por los ojos,

rayo del amor...

CURIENO

Romano,

aguarda, espera, ¿estás loco?

si estás muy mal con tu vida,

para matarte brioso,

¿No bastaba, di, romano,

solo mi valor heroico,

sin que tú ahora le añadas

las ventajas de celoso?

Pues, vive Dios, si no fuera

por no violar los notorios

fueros del embajador,

por quien aquí me reporto,

que hiciera...

POMPEYO

Calla, español,

por lo mismo no respondo.

¿En fin, no rendís la fuerza?

RETÓGENES

El pedirla ya es ocioso.

POMPEYO

Yo me voy.

RETÓGENES

Pues vete en paz,

que morir queremos todos

por defender nuestra patria;

y tú, Curieno famoso,

ya sabes aquel concierto

que hemos hecho entre nosotros;

yo te daba hoy a Milena,

pensando que el riguroso

cercos estaba ya acabado;
bien ves que será forzoso
no proseguir este intento
pues que no cesó el estorbo;
procura librar la patria
de un peligro tan notorio,
que entonces yo cumpliré,
pues mi obligación no ignoro,
la palabra que te di;

vamos, Milena.

MILENA

¡Ay esposo!

ya era tuya y ya te pierdo.

(Vanse MILENA y RETÓGENES.)

CURIENO

Rayos hecho por los ojos.

POMPEYO

Centellas el alma vierte,

¡Que a Pompeyo valeroso

se atrevan a defenderle

la ciudad siendo tan pocos!

CURIENO

¿Que haya estorbado mis dichas?

fulmine rayos mi enojo.

POMPEYO

No he de ponerme jamás

el hábito y el adorno

consular hasta rendirla;

que no es bien que traiga honroso

esas insignias sagradas

quien recibe tal oprobio.

CURIENO (Ap.)

Saldré esta noche secreto

con mi gente, cuando al ocio

esté entregado el romano;

y si dormidos los cojo,

haré tanto estrago en ellos

que corran de sangre arroyos.

POMPEYO (Ap.)

Esto ha de ser, vive el cielo.

CURIENO (Ap.)

Con esto mi intento logro.

POMPEYO (Ap.)

Así mi opinion restauro.

CURIENO (Ap.)

Así mi suerte mejoro.

POMPEYO (Ap.)

Esto ha de ser.

CURIENO (Ap.)

Esto sea.

POMPEYO (Ap.)

Esto es fuerza.

CURIENO (Ap.)

Esto es forzoso.

POMPEYO

Adiós, Curieno valiente.

CURIENO

Adiós, Pompeyo famoso.

(Vase cada uno por su parte, y queda PANDURO solo.)

PANDURO

Bien lo han garlado y se han ido

y aquí me han dejado solo;

pues ya que solo he quedado

decir quiero un soliloquio.

Que pensaba yo, señores,

Sacar mañana o esotro

este vientre de mal año,

y viene luego el demonio

del romano y lo despinta

¿Qué he de hacer, cielos piadosos?

que estoy de hambre, de suerte

que puede pasarme un soplo.

¿Para qué me disteis dientes

si es que han de estar tan ociosos?

¿Para qué los quiero yo?

¿Que haya hombre tan dichoso

que se muera de una hartura

o de indigesto, y yo solo

no he de tener que cocer

en este natural horno?

¿Quién me compra mi calor

natural por un mondongo?

Y aun se la daré de balde,

vive Cristo, si me enojo.

¿Que me tenga yo mi gula

con cuatro dedos de mohó?

¿Adónde vive el hartazgo,

señores, que no le topo?

Que por ir a su posada

me acomodara goloso

a las ancas de un menudo,

aunque fuera de retorno.

¿Que me llame yo Panduro,

y que no tenga ni un poco
de mi nombre? Que a este tiempo
fuera para mí bizcochos.

Quiero tomar un arbitrio;
hoy a poeta me pongo,
que, en fin, se comen las uñas
y es comer, aunque a si propio;
o si no, a murmurador:
esto es mejor, esto escojo,
que estos roen los zancajos,
y en fin, será provechoso.

Voyme a buscar un ahíto
en la despensa de un Cónsul
por debajo de la cuerda,

Aunque me costara un ojo. (Vase.)
Sale MILENA en el muro.

MILENA
Alba clara, aurora hermosa,
primero candor del día,
de quien ya la noche fría
huyendo va presurosa;
en oscuridad medrosa
se partió de aquí mi amante,
pues que ya tu luz brillante
pisa sombras por despojos,
hazle que vuelva a mis ojos
de los romanos triunfante.

Que si hermosura y color
cobra una rosa por ti,
no me has de negar a mi
lo que le das a una flor.
Ella al irse el resplandor
ya con achaques de humana
marchita su pompa vana,
mustias ya sus luces rojas,
amortajada en sus hojas
muere efímera de grana.
Pero aquella que yacía
dormida muerta o marchita
reverdece o resucita,
o despierta con el día;
pues rosa, la beldad mía,
falleció sin su arrebol;
haz que aquel sol español
se muestre en brillante coche,
que me marchitó la noche
y no me florece el sol.
Ya vence a la oscuridad
el día poco luciente.
Y está el mundo indiferente
con dudosa claridad;
coronada de beldad

se muestra la aurora al suelo,
la vista aunque con recelo,
tender quiero hacia el romano
campo, que mi sol humano
peligra allí. Mas ¡ay cielo!
huyendo en tropa volante,
aunque no desordenados,
vienen algunos soldados
y un joven viene delante
de quien es un bruto atlante
¡Ay! ¿si es mi esposo el que vi?
El alma dice que sí;
¡Ciego Dios, que al viento igualas,
préstale al bruto tus alas
porque más presto... ¡ay de mí!
Que el bruto ¡válgame el cielo!
tropezando allí al correr,
sin poderse contener,
ambos han medido el suelo;
que habrán muerto recelo,
pero ya en pie se levanta.
Salen CURIENO y SOLDADOS.
CURIENO
No pudo en hazaña tanta
el bruto, y justo no fuera
que conmigo compitiera

de quien la muerte se espanta

SOLDADO 1°

¿Hízote mal la caída?

CURIENO

No, soldados, no fue nada,

pero en el muro asomada

está quien me diera vida.

MILENA

¿Esposo, mi bien?

CURIENO

¿Milena?

MILENA

Huyó la tiniebla fría,

salió mi sol.

CURIENO

Ya eres mía.

MILENA

Afuera, engañosa pena,

yo bajo, ¿qué me acobarda?

a abrir la puerta, y mis brazos

sean los primeros lazos.

CURIENO

Espera, Milena, aguarda;

yo le prometí a tu amor

y dije que no me abrieses

la puerta hasta que supieses

que volvía vencedor;

y aunque fue promesa mucha,

porque veas que cumplí

la palabra que te di,

antes que bajas escucha:

con cincuenta soldados que podía

sacar de la ciudad, que reservados

del hambre y de la guerra sólo había,
a dar en los romanos descuidados
tan sin rumor salí, Milena mía,
tan mudo, que pisando mis soldados,
daba los frisos el valor tan quedo
que parecía que los daba el miedo.
Era la noche ya, y la luz diurna,
que huyendo va de la tiniebla informe
buscaba el mar, en cuya móvil urna
reverberaba el esplendor triforme;
volvía, en fin, la confusión nocturna
lo vario de las cosas uniforme,
sembrando por el mundo su beleño
con perezoso paso el torpe sueño;
llego al campo romano, y tan rendidos
o tan muertos el ocio los tenía,
que cuando yo mataba los dormidos
Ninguno me parece que moría;
que si es usar de acciones y sentidos
vivir, no estaba vivo el que dormía
y así cuando murió de golpe cierto,
sólo quedó más frío, no más muerto
y como el hombre que durmiendo estaba
y el muerto en nada, en fin, se distinguían,
la muerte con el sueño pleiteaba

y entrambos sus vasallos confundían;
de los muertos el sueño allí triunfaba,
la muerte allí de aquellos que dormían,
y con el mismo error tal vez mi acero
volvió a matar al que mató primero.
Crece el odio, despiertan al ruido,
cual empuña la espada, cual el dardo,
muere por defenderse el atrevido
y por no defenderse muere el tardo;
sorda está la piedad, ronco el gemido;
sigo al que huye, al que acomete aguardo,
crece la confusión y el polvo sube
con ambición de introducirse nube
yo, que miro ya el campo alborotado,
acabar de una vez la hazaña quise:
matar al gran Pompeyo he deseado
antes que el alba las tinieblas pise;
¿Cuál es el Cónsul? dije, y no soldado
suyo, a quien no maté porque me avise,
me le mostró que la lealtad rompida
ferió su honor entonces por su vida.
Aquél es, dijo, que a caballo armado
para ordenar las huestes ha salido;
que a la luz de unas teas que han sacado
pudo ser del soldado conocido:

yo, aunque el rostro no vi, certificado
quedé mirando el consular vestido,
y como de mis celos era dueño
luego le fulminé con solo el ceño.
Iba a matarle; mas quedé dudoso
con uno y otro afecto diferente,
que cada cual quería poderoso
ejecutar el golpe solamente;
iba a matarle ya como celoso,
iba a matarle ya como valiente,
y estando absorto en suspensión tan muda
vivir gran rato le valió la duda;
mas corrido de ver que así vivía
de un golpe le maté; mas fue de suerte,
que ni sé si tocó la valentía
o los celos del alma ¡pasión fuerte!
Y que fuesen entrambos ser podía,
pues le vino tan grande aquella muerte
que allí para salir sola una vida
le cobró mucha parte de la herida.
Cae del caballo al suelo, y yo brioso
la silla ocupo al bruto velozmente,
porque como el huir era forzoso
para salir del riesgo yo con mi gente,
y aunque sea en un trance peligroso

nunca ha sabido huir mi pie valiente
quise tener disculpa por lo menos
de que huyendo salía en pies ajenos.
Salgo corriendo yo, también los míos;
pocos quedaron; sígueme el romano,
paso nadando mil sangrientos ríos:
ya no me siguen, viendo que esen vano;
perdió el caballo de correr los bríos,
medimos ambos el florido llano,
llegué a mi patria honrado y vitorioso,
y lo que es más, miré tu sol hermoso.

MILENA

¿Qué tengo que responder,

sino que tuya nací?

Tú venciste para mí,

pues tuya tengo de ser,

señor, con esta vitoria.

CURIENO

Ya no dudará este día

tu padre que tú seas mía

volviendo con tanta gloria.

MILENA

Bajo a abrirte, y mil abrazos

te celebren vencedor.

(Quítase del muro.)

CURIENO

¡Oh! permítame el amor,

que yo me vea en tus brazos.

Hoy, soldados, quedará

libre nuestra patria amada,

que si les falta la espada

de Pompeyo, ¿quién podrá

resistir a mi valor?

Del hambre os habéis de ver

libres.

SOLDADO 1.º

Bien es menester

que hoy se acabe su rigor.

Que ya tan muertos están

los que perdonó la guerra,

que mi recelo no yerra

diciendo que ya serán

los que anoche se quedaron

con tal hambre en la ciudad

muertos sin duda.

(Suenan cajas.)

CURIENO

Esperad;

caja y trompetas sonaron.

SOLDADO 2.º

Y detrás de aquel vecino

cerró, marchando a concierto,

soldados se han descubierto.

CURIENO

Y a toda priesa imagino

que nos vienen a embestir;

pocos son.

SOLDADO 1.º

¿Qué hemos de hacer?

CURIENO

¿Qué? acabarlos de vencer,

o acabar ya de morir.

Querrán la muerte vengar

de su capitán.

SOLDADO

Ya llegan.

CURIENO

Nunca españoles se niegan

a trance de pelear.

Sale UN CAPITÁN romano y SOLDADOS.

CAPITÁN

Hoy la muerte vengaremos

de Mario, nobles romanos;

a la vista y a las manos

los enemigos tenemos.

Pero estaréis advertidos

que os retiréis sin desorden

en embistiendo, que es orden

de Pompeyo; que vencidos

con esta traza, romanos,

quedarán aquestos locos,

que apenas por ser tan pocos

tienen que hacer vuestras manos.

Que Pompeyo y sus soldados

detrás de aquel bosque ameno,

para ser rayo sin trueno

vienen marchando emboscados.

Y al retirarnos saldrán

y cogiéndolos en medio,

estos pocos, sin remedio,

todos juntos morirán.

Tocad al alma, lleguemos.

CURIENO

Ea, pues, del mundo soles,

veinte somos y españoles,

cada cual por mil valemos.

(Embístense y retíranse los romanos.)

Sale POMPEYO por la otra parte.

POMPEYO

Ya se embisten; los romanos

diestramente se retiran;

¡Qué fuertes golpes se tiran!

ea amigos; ea, hermanos;

ea, soldados, venid,

embestid vosotros luego,

que muriendo a sangre y fuego...

(Abre Milena la puerta de la ciudad.)

Salen MILENA, PANDURO y FLORA.

MILENA

Ya abrí la puerta, salid.

FLORA

¡Que haya vencido tan presto!

PANDURO

¡Qué! ¿en fin viene vitorioso?

MILENA

Ya tienes querido esposo...

¡Válgame el cielo!

POMPEYO

¿Qué es esto?

Parad, supended, soldados,

los aceros no vencidos;

quédense vuestros sentidos

a deidad tanta elevados.

MILENA

¡Turbada estoy!

FLORA

¡Ay! ¿qué haremos?

PANDURO

¿Romanicos? Guarda Pablo,

a puerta cerrada el diablo

diz que se vuelve; cerremos.

(Entrase y cierra la puerta.)

MILENA

Hombre, ¿quién eres? Esposo.

POMPEYO

Yo soy el terror de España,

el rayo desta campaña:

soy Pompeyo el victorioso.

Soy, quien robando de aquí

tu sol claro y sin segundo,

me llevaré todo el mundo

sólo con llevarte a ti;

que llevándote en mis brazos

volveré al campo triunfante,

siendo de tu cielo Atlante.

MILENA

Primero me haré pedazos.

POMPEYO

Ven, para que seas trofeo

con que vuelva vencedor.

MILENA

Eso es crueldad.

POMPEYO

Es amor.

MILENA

Es tiranía.

POMPEYO

Es deseo.

MILENA

Es rigor.

POMPEYO

Es querer verte.

MILENA

Es ofenderme.

POMPEYO

Es amarte.

MILENA

Es matarme.

POMPEYO

Es adorarte.

MILENA

Es injuriarme.

POMPEYO

Es quererte.

Ven, será esfera mi tienda

de ese sol de tu hermosura.

MILENA

¿Yo contigo? ¡Qué locura!

POMPEYO

¿Quién habrá que te defienda?

MILENA

El cielo.

POMPEYO

Está sordo al ruego.

MILENA

Los hombres.

POMPEYO

Nadie me injuria.

MILENA

Las fieras.

POMPEYO

Temen mi furia.

MILENA

Amor.

POMPEYO

Es rapaz y ciego.

MILENA

Júpiter.

POMPEYO

Está ofendido.

MILENA

El sol.

POMPEYO

Tiénesle agraviado.

MILENA

Marte.

POMPEYO

Marte es mi soldado.

MILENA

El mundo.

POMPEYO

Yo le he vencido.

Ea, soldados, llevemos

esta deidad, esta gloria,

que esta es la mayor vitoria

que ahora alcanzar podemos.

No sigáis los enemigos.

MILENA

¿Esposo?

POMPEYO

Es intento vano.

MILENA

¿Curieno?

POMPEYO

Llámasle en vano.

MILENA

Yo muero.

POMPEYO

Vamos, amigos.

Marchad alegres.

MILENA

¡Qué asombros!

Esposo, yo te perdí.

POMPEYO

Guárdese el mundo de mí,

pues llevo al cielo en mis hombros

(Llévasela.)

FLORA

¡Gran desdicha! ¿Qué haré?

Abre, Panduro; abre aquí.

PANDURO (Dentro.)

Fuéronse?

FLORA

Sí.

PANDURO

¿Todos?

FLORA

Sí.

PANDURO

Pues de aquí a un rato abriré.

FLORA

Abre, ya se han ausentado.

PANDURO

Deja que de todo punto

se vayan, que luego al punto

abriré.

FLORA

No seas pesado.

PANDURO

¿Fuéronse ya totalmente?

FLORA

Sí.

PANDURO

¿Totalmente?

FLORA

Se han ido.

PANDURO

Pues si totalmente ha sido

salgo ahora.

Abre la puerta y sale PANDURO.

FLORA

¡Qué valiente!

A Milena se han llevado.

PANDURO

¿Qué dices?

FLORA

Esto.

PANDURO

¿A Milena?

Reviento de enojo y pena;

¿No me hubieras avisado?

Por Dios, si lo llego a ver...

FLORA

¿Qué hicieras?

PANDURO

¿Qué? pelear

y ayudársela a llevar

cuando fuera menester.

¿Fuéronse ya?

FLORA

Ya se fueron.

PANDURO

Gran desdicha! ¡Gran vaivén

de fortuna! Mira bien

si de vista se perdieron;

que por vida de los dos

que si no se hubieran ido...

FLORA

¿Qué?

PANDURO

Que no hubiera salido

de la ciudad, juro a Dios.

Sale CURIENO herido.

CURIENO

Grande desventura ha sido;

todos mis soldados muertos

yacen en esos desiertos,

y yo me he escapado herido.

PANDURO

¿Que no haya habido un soldado

a quien parecieses bien?

FLORA

¿Para qué?

PANDURO

Porque también

te hubieran a ti robado.

FLORA

Curieno viene.

PANDURO

¿Le viste?

CURIENO

Con sólo ver a Milena

podrá aliviarse mi pena

en un estado tan triste.

Entraré a verla.

FLORA

Señor...

(Yo le he de decir aquí

cómo cerraste.)

PANDURO

¡Ay de mí!

CURIENO

¿Qué dices?

FLORA

Este traidor...

PANDURO

Calla, por Dios. Ella fue,

que yo no tengo la culpa.

CURIENO

¿Pues de qué es esa disculpa?

PANDURO

No le digas que cerré.

FLORA

Sí quiero.

CURIENO

Apartad, villanos;

entraré a ver a Milena

para aliviar tanta pena.

PANDURO

¿Hanla vuelto los romanos?

CURIENO

¿Qué dices, loco?

PANDURO

Señor,

Que no está Milena acá.

CURIENO

¿Pues dónde está?

PANDURO

¿Dónde? allá.

CURIENO

¿Qué dices, hombre? ¡Ay amor!

¿Dónde está Milena? aprisa,

decidlo presto, villanos;

no me atormentéis, tiranos.

FLORA

Señor, bajando Milena...

CURIENO

Acabad.

PANDURO

Bajando a verte...

FLORA

Este merece la muerte.

PANDERO

Esta merece gran pena.

CURIENO

Decid.

FLORA

A verte salió

de la ciudad.

CURIENO

¡Ay de mí!

FLORA

Y pensando hallarte a ti,

a los romanos halló.

CURIENO

Di presto.

FLORA

Y un capitán,

un Pompeyo, un desalmado,

de su rostro enamorado...

PANDURO

Deja, que aquí lo dirán:

llevándosela en los brazos...

CURIENO

Calla, villano, atrevido.

PANDURO

Muerto soy.

FLORA

¡Válgame el cielo!

PANDURO

Huyamos dél.

FLORA

Ya te sigo.

(Vanse Flora y Panduro.)

CURIENO

Que me han traspasado el alma

las palabras que me has dicho:

no pronuncies el veneno

que, al revés del basilisco,

como él mata por los ojos

tú matas por los oídos.

¡Milena, mi dulce esposa,

el único sol que miro,

la deidad sola que adoro,

el dueño hermoso a quien sirvo,

el premio que amante busco,

la gloria por quien suspiro,

el centro por quien anhelo,

la vida por quien yo vivo;

y, en fin, el ser por quien soy,

en poder de mi enemigo!

Mientes, villano, ¡ay de mí!

¿Para qué estas dudas finjo?

Que aunque parezca imposible,

pues yo no estuviera vivo

si me faltara Milena,

sin duda habrá sucedido,

pues es mal, sin duda es cierto,

que aunque parezcan prodigios

crédito de verdaderos

se traen los males consigo.

Y si esto fue verdad, cielos,

que os medís vosotros mismos

moviéndoos eternamente

con impulso repetido;

si es cierto y lo visteis, ¿cómo
de esos ejes cristalinos
vibrando no bajó un rayo
taladrando el aire en rizos?
¿Cuándo son vuestras venganzas?
¿Qué ofensas o qué delitos
fulmináis? ¿A qué ocasión
se reservan castigos?
¿Para qué lance os guardáis,
o justos o vengativos,
si no gastáis sólo un rayo
en vengar agravios míos?
¿Pero yo para vengarme
de los cielos necesito?
Ahora estéis a mis quejas
o sordos o compasivos,
no me importa, pues estoy
de parte yo de mí mismo.
Salgan, salgan a vengarme
envueltos entre suspiros
forjados en la región
ardiente del pecho mío,
rayos de mi enojo, siendo
mis quejas tonante aviso
que de los rayos del alma

son el trueno los gemidos.
Romanos, guardaos de mí;
y tú, Pompeyo, que has sido
quien llevó mi dulce dueño,
y a quien yo poco advertido
pensé que había dado muerte
y hoy en mi daño estás vivo,
teme, que van contra ti,
en mi valor reducidos,
y abreviados solamente
en este rayo que esgrimo,
cuantas iras, cuantas muertes,
cuantas venganzas ha visto
el tiempo, que lentamente
se va royendo a sí mismo;
porque sea mi venganza
porque sea tu castigo
un padrón, que en las memorias
de los hombres sucesivos
se lea para escarmiento
de los venideros siglos.
Como celoso y valiente
contra ti la espada vibro,
¿Mira tú como podrás,
aunque fuera en el abismo,

estar seguro de mí?

Que si sólo el valor mío

bastara a darte mil muertes.

¿Qué harán en un pecho altivo

juntos celos y valor,

cuando para hacer prodigios

al más cobarde le basta

sólo el estar ofendido? (Vase.)

Salen POMPEYO, EL CAPITÁN y SOLDADOS.

POMPEYO

Ya, romanos generosos,

pereció vuestro enemigo;

aun para que sea testigo

de vuestros hechos famosos

ninguno vivo dejasteis,

pues he llegado a vencer,

desde hoy me puedo poner,

pues a todos los matasteis,

el adorno consular.

En la ciudad entraremos

esta tarde, y triunfaremos

pues quien lo pueda estorbar

apenas habrá quedado.

CAPITÁN

Muy bien podrás, sin violencia

entrar, que en su resistencia

apenas habrá un soldado.

POMPEYO

Pero, ¿qué es este rumor?

CAPITÁN

Allí hacia tu tienda suena

una mujer, y es Milena

con un varonil furor

de los que están en su guarda,

con una daga en la mano

librarse quiere, y no en vano,

que ninguno la acobarda.

POMPEYO

Di que la traigan.

CAPITÁN

Ya llega,

el oro al viento esparcido,

sangriento el rostro y herido,

y de sangre y polvo ciega.

Sale MILENA herida el rostro, con una daga en la mano.

POMPEYO

¿Qué es aquesto?

MILENA

Pena mucha.

POMPEYO

¿Quién te ha herido?

MILENA

Yo me herí.

POMPEYO

¿Tú misma?

MILENA

Sí.

POMPEYO

¿Porqué? di.

MILENA

Si quieres saberlo, escucha:

ya sabes que tuviste

con cercos la ciudad muy apretada,

que entraste en ella tú con embajada,

que no quiso rendirse, que me viste,

que requiebros, osado, me dijiste,
que tuvo celos mi querido esposo,
que asaltó vuestros reales vitoriosos,
que un rato le siguieron,
que después por vengarse le embistieron
que engañada salí, que me robaste,
que a tu tienda con guardas me enviaste
con un fin poco honesto;
pues oye lo demás, si sabes esto.

Yo que a mi esposo quiero,
perdona o agradece el desengaño,
sabiendo por mi daño
que tú, amante grosero,
mi honor aquesta noche amenazabas,
y, en efecto, a tu tienda me enviabas
con fin de que esta noche a mi despecho
siendo teatro el lecho,
apurando mi honor en mi fatiga;
pero lo será justo que lo diga;
que si un hombre que entiende
que le ofenden, él mismo a si se ofende
no quiero que publiquen hoy mis labios
intentos que forjaban mis agravios;
ni que mi lengua contra mi despida
voces que me publiquen ofendida;

y a ti te está mejor también que calle:

que si para abalalle

a un tan grande varón, tan excelente,

estorbo puede ser o inconveniente

un tan lascivo y torpe pensamiento,

no quiero, publicando aqueste intento,

aunque pudiera hacerlo por venganza,

estorbar tu alabanza:

y así, ya por entrambos no lo digo,

pues con callarlo, a ti y a mí me obligo.

En fin, como mi honor me había avisado

esto que he dicho o esto que he callado,

viendo que de mi mal o tu locura

era sola la causa mi hermosura,

esta apariencia vana

que nace hoy para morir mañana;

este engaño apacible de los ojos,

siempre ocasión de escándalos y enojos;

Esta desdicha, si, nunca entendida,

pues que de todas siendo apetejada

a aquella que la tiene la fue dada

con pensión de ser necia o desdichada;

viendo, pues, que ella en riesgo me ponía

de perder el honor, ¡grande osadía!

Con este mismo acero

que contra mí solicitaba fiero,
determino, borrando mi hermosura,
por quitar la ocasión de tu locura,
cosa entre las mujeres poco usada,
trocar el ser hermosa al ser honrada;
que fuera en las demás más fácil cosa
trocar el ser honrada al ser hermosa;
y no parezca a nadie mucha hazaña,
que si aquel que en la selva o la montaña
áspid oculto muerde,
aquella parte pierde
entonces inhumano
del brazo o de la mano,
dejándola cortar del hierro ardiente
por conservar las otras providente,
con que estando consigo riguroso
vine a ser en estarlo más piadoso
yo, que prudente vía
que aquesta parte mía
puso a las otras para darme muerte,
en peligro tan fuerte,
viendo que estaba el daño tan vecino,
despreciar por las otras determino
esta parte de mí, que siempre es bueno
excusar a las otras del veneno,

queriendo yo con tan discreto modo

perder la parte y conservar el todo.

Esta la causa ha sido

que tú ignorabas que ya has sabido;

bien ves lo que he intentado

por conservar mi honor, nunca manchado

si acaso, torpe y ciega.

No cesó tu pasión con esto, llega

que para no sufrir tu desvarío,

aún tiene más caudal el honor mío;

que si el llanto y el ruego

no bastare a templar tu ardiente fuego,

apelaré a este acero

que me remedie aquí como primero.

POMPEYO

Corrido y confuso estoy

¡Oh generosa mujer!

Nadie me pudo vencer,

sola tú me vences hoy.

Marchad apriesa, soldados,

(Vuelve la cabeza.)

Que ya no hay quien os ofenda,

ni la ciudad os defienda

en sus muros levantados.

MILENA

¿Vuelves el rostro y te vas

sin declarar tu intención?

POMPEYO

Si, que con aquesta acción

mi valor se muestra más.

Voyme aquí sin responder.

Porque es ocioso el hablar.

Pues disculpa no he de hallar

de lo que he venido a hacer.

Voyme sin verte, porque

no se avergüencen mis ojos

de ver esos rasgos rojos

que en tu rostro ocasioné.

Que será de más provecho

en caso tan infelice

ni abonar lo que yo hice

ni mirar lo que tú has hecho.

(Vanse Pompeyo, el capitán y soldados.)

MILENA

Ya que tengo libertad,

quiero con pie presuroso

buscar el centro en mi esposo,

que no lejos de la ciudad

levanta su noble muro;

desde este bosque imagino

que es más pequeño el camino:

acercarme allá procuro.

Sale CURIENO.

CURIENO

Paso a paso voy guiado

tan mal como mi fortuna

sin esperanza ninguna

de mejorarme de estado.

¿Dónde me lleváis? ¿Qué hacéis?

Guiadme hacia mi venganza,

que esta sola es la esperanza

con que aliviarme podéis.

Quiero caminar osado

al campo de mi enemigo

para que con su castigo...

MILENA

¿Es mi esposo?

CURIENO

¿Qué he mirado?

MILENA

¿Curieno?

CURIENO

¿Qué sirena

es la que escuchando estoy?

MILENA

¿Esposo?

CURIENO

¿Eres tú?

MILENA

Yo soy.

CURIENO

¿Milena?

MILENA

Yo soy Milena.

CURIENO

¿Quién tu hermosura ha ultrajado?

¿Qué bárbaro, qué cruel,

de aquel divino pincel

profanó el mejor traslado?

¿Quién de su mano ha horrado

los más perfectos primores?

¿Quién a los rasgos mejores

que obró la idea mejor,
en ofensa del pintor
añadió nuevos colores?
Di, ¿qué abeja hirió al amor?
¿Qué mano ultrajó a Milena?
¿Qué planta ajó la azucena?
¿Qué estío secó la flor?
¿Qué nube encubrió el candor?
¿Qué eclipse la luz hermosa?
¿Qué osado violó la rosa?
¿Qué cierzo agostó el jardín?
¿Qué pie profanó el jazmín?
¿Qué arado troncó la rosa?
MILENA
Óyelo en breves razones:

yo estaba con tu enemigo,
descubrió para conmigo
sus lascivas intenciones;
como mi hermosura vi
que era causa de su amor,
para templar su rigor
quise deshacerla así,
y estas heridas me di
por asegurar mi honor.
CURIENO
Con pena y con alegría
te he mirado y escuchado,

y entrambas han procurado
llevarme entero a porfía
la pena sentir quería
ver tu hermosura ultrajada
y como en guerra trabada
andan disgusto y contento,
me embaraza el sentimiento
el gusto de hallarte honrada.

Más hermosa así has quedado,
esmaltes son de tu honor,
y nunca perdió el valor
el oro por esmaltado;
no porque en el verde prado
de la rosa la blancura
herido el pie Venus pura
la salpicó de carmín,
dejó de ser rosa, en fin,
que antes creció su hermosura;
pero la lástima obró
en mí también tal afeto,
que vengarme te prometo

de quien la causa te dio.
Salen POMPEYO, CAPITÁN Y SOLDADOS.
CAPITÁN
Ya las torres conocidas

de Calahorra están cerca.
CURIENO

Ya el romano se me acerca,

vengaré en él tus heridas.

POMPEYO

Haced alto; la ciudad

es ésta.

CAPITÁN

Ya está a tus pies.

CURIENO

¿Cuál de vosotros, cuál es

Pompeyo?

POMPEYO

Yo soy.

CAPITÁN

Llegad.

POMPEYO

¿Por qué lo quieres saber?

CURIENO

Porque te quiero matar;

y aunque te conozco, errar

pueden los ojos al ver;

que otra vez que lo intenté,

fuiste tú tan venturoso

o yo tan poco dichoso,

que a otro por ti maté.

Y ahora para no errar,

a ti mismo te lo digo,

que eres el mejor testigo

para poderme informar.

Que ya no fuera fortuna

en mi, si no poca maña

para hacer tan corta hazaña

errarlo de dos la una.

POMPEYO

¿Qué dices? ¿Estás en ti?

¿Eres loco? Bien se ve;

por dos cosas dejaré

de darte la muerte aquí;

que hombre que a tal se atrevió

y no se humilló a mis pies

al verme, o es loco o es

tan valiente como yo.

Por nada, en fin, me provoco:

si es loco, ¿de qué me agravio?

Que, ¿quién es tan poco sabio

que quiere matar a un loco?

Si lo hiciste de alentado,

de valiente, altivo y fuerte,

no es bien quede con su muerte

tanto valor sepultado,

que a hombre que a mí se atrevió

será a Pompeyo segundo

y los dos ojos del mundo

somos sin duda él y yo.

Y así, en la ocasión presente

dichoso te has escapado,

pues que quedas perdonado

o por loco o por valiente.

Ea, soldados, entrad.

CURIENO

¿Mi patria quieres vencer?
POMPEYO
¿Quién lo podrá defender?

¿Hay quien pueda en la ciudad?
CURIENO
No hay nadie, desierta está

mi patria, todos murieron,

o lentamente a la hambre

o velozmente al acero.

Y si alguno vive, está

de modo casi tan muerto,

que, viviendo viene a ser

un sepulcro de sí mismo.

Desiertas están las casas,

y para horror o escarmiento,

sólo las calles ocupan

cadáveres y esqueletos,

asolada está mi patria;

y yo, que estos males veo,

no puedo impedir tu entrada,

porque me ha guardado el cielo

sólo para ser testigo

de tan trágico suceso.

POMPEYO

Pues si está como tú dices

y no hay quien pueda allá dentro,

ni tú puedes impedirlo,

¿Cómo dudas, loco y ciego

que puedo entrar en tu patria?

¿Podránlo estorbar los muertos?

¿Podrás tú que eres el vivo?

Pues si no pueden hacerlo,

ni muertos ni vivos, ¿quién

podrá impedir mis trofeos?

Si no es que quieres que vengan

a defender este pueblo

aquellos que aún no han nacido

con milagroso portentoso.

Ea, entrad, soldados míos

que Milena y Curieno

irán es mi triunfo. Abrid

las puertas.

SOLDADO 1.º

Yo abrirlas quiero.

(Prueban a abrir las puertas y no pueden.)

Pero es en vano.

POMPEYO

Apartad.

Llega tú, Curcio.

SOLDADO 2.º

Ya llevo;

y tampoco puedo abrirlas.

CAPITÁN

Yo quiero probar si puedo.

POMPEYO

¡Oh qué valientes soldados!

CAPITÁN

Vive Dios, que en vano pruebo.

POMPEYO

Apartad, dejadme a mí,

a ver si del gran Pompeyo

se resisten cuatro tablas.

Da coces en las puertas y derríbalas: aparecen detrás los DOS SANTOS con dos espadas de fuego.

Mirad, ¡ay de mí! ¿qué veo?

SANTO 1.º

¿Dónde vas?

SANTO 2.º

¿Qué es lo que intentas?

POMPEYO

A tanta luz estoy ciego.

¿Quién sois, hermosos prodigios?

¿Quién sois, divinos luceros?

SANTO 1.º

Aún no somos.

POMPEYO

¿Cómo no?

¿Aún no sois? ¡Prodigio nuevo!

¿Cómo sin haber nacido

me vencéis, bellos mancebos?

SANTO 1.º

Este es el mayor blasón

de España, que haya en su reino

quien antes de nacer venza,

y es anticipado premio

de la gran fe que sus hijos

han de tener, porque es cierto

que los soldados de Cristo

antes de nacer vencieron.

POMPEYO

¿Quién es Cristo?

SANTO 2.º

Aún no merece

el mundo aquestos misterios.

vuélvete ya, y deja libre

la ciudad.
POMPEYO
Rendido quedo;

basta, sombras, basta, soles,
basta, rayos, yo obedezco.

Ea, romanos, apriesa
dejemos a España luego.

¡Oh grande blasón de España

que tus hijos quiso el cielo

que venzan aun no nacidos

y que venzan a Pompeyo!

CURIENO

Este es el primer blasón

de España, de cuyos versos

y faltas, perdón humilde

pide don Antonio Coello.

Y escuchad luego el segundo,

que en otro siglo diverso,

con otras nuevas personas

proseguirá el grande ingenio

de don Francisco de Rojas,

daréisle aplauso y silencio.

Jornada segunda

PERSONAS

DACIANO, cónsul.

MITILENE, su hermana.

TORREZNO, gracioso.

SAN CELEDONIO.

SAN EMETERIO.

MARCELO, su padre.

(En esta jornada segunda vencen los santos CELEDONIO y EMETERIO en vida, como en la primera vencieron antes de nacer.)

Sale DACIANO, cónsul de Roma, con una hacha encendida, asombrado, mirando al cielo.

DACIANO

¡Visión divina, que a los cielos subes

pisando esferas, penetrando nubes,

hombre tú, tan divino, siendo humano,

que rompes la región del viento vano,

que eres deidad recelo,

pues apostando a luz ganas al cielo!

¿Mientras gozo del sueño lisonjero

te me apareces fijo en un madero?

¿Hácesme graves cargos a mi culpa,

y al despertar te vas sin la disculpa?

Si en haber despertado te he ofendido,

¿qué dirán las disculpas de un dormido

si a dártela no acierto

con desearle decir y estar despierto,

pero en vano articulo mi querella,

ya tú la sabes, pues te vas sin ella.

Labrador, que en el campo nacarado
coges fruto de estrellas que has sembrado,

no parezca que me haces este agravio,

atiende a los impulsos de mi labio;

mas pienso que es frustado lo que pido,

¿No has de atender si todo eres sentido?

Ahora de mi tienda me levanto

a buscar tu deidad con tal espanto

que cuanto me conduzco a provocarte,

tanto recelo más en encontrarte;

llegando cuando más tus plantas sigo

la espada sólo por cumplir conmigo,

y esta luz prestó vida y luego muerte

por deslumbrarme más para no verte

mandas que no persiga los cristianos;

Marte vive, ¡oh visión! que con mis manos

he de apurar sus corazones fuertes,

y ejecutadas ya todas sus muertes

de sus viles cadáveres de hielo

he de poner puntales a tu cielo.

Trescientos años ha que se vio España

rendida a los romanos, cuya hazaña

ha esculpido la historia

en las líneas del bronce la memoria;
y esta ciudad que tengo ya cercada
de encantos y ilusiones pertrechada
ha vivido en su ley restituida
siempre cristiana y siempre no vencida;
trescientos años ha que aquel romano,
aquel Pompeyo, aquel primer Trajano,
al quererla asaltar la halló murada
de dos deidades, que en la propia entrada
vencieron al valor con el encanto;
y ahora me sucede a mí otro tanto.
Visión, si eres deidad, pues te amenazo,
señala tu poder en este brazo:
rinde, si puedes, rinde aquesta espada
por ninguno hasta ahora sujetada;
porque celebre con silencio mudo
que tú pudiste lo que nadie pudo
veamos tu poder.
(Hiélasele el brazo, y cáesele la espada.)

¡Válgame el cielo!

Todo soy mármol frío, todo hielo;
la espada de la mano me ha faltado,
y estatua de mi mismo me he quedado;
las venas mías, en su cárcel leve,
han trocado el carmín en blanca nieve;
la tierra fértil, madre a flores tantas,

de arena pone grillos a mis plantas;
corazones respiro,
un suspiro se añade a otro suspiro,
lago de fuego soy tan vitorioso
que hasta ahora duré de valeroso;
mas como a pronunciar mi temor llevo,
bomba es la lengua que me saca el fuego;
el alma sin potencia se ha quedado,
el impulso se alienta embarazado;
menos activo juzgo el sentimiento,
todo yo de mí propio me desmiento;
falta el brazo, la lengua se entorpece,
el fuego mengua y el cabello crece;
mi medio cuerpo a estotro es embarazo,
tronco es aqueste que parece brazo,
y como el árbol de morir de incierto,
vivo estoy la mitad, la mitad muerto;
Dime, ¿porqué me dejas encendida
aquesta breve imagen de la vida?
si en este bien, que me parece daño,
me sobra luz, pues sobra desengaño,

mucha es la culpa de mi impulso, mucha.

Sale MITILENE, hermana de DACIANO, y CELEDONIO en el traje que apareció en la primera jornada, y TORREZNO, gracioso.

MITILENE

La voz aquí se escucha.

CELEDONIO

Aquí escucho a Daciano,

encendida una antorcha en una mano

en singular batalla,

buscándose con ella no se halla.

TORREZNO

Aquí el cónsul Daciano, valeroso,

todo negado al lecho y al reposo,

sobresaltado más, más vengativo,

especie es suya o es cadáver vivo.

MITILENE

¡Ah Cónsul? ah Daciano!

DACIANO

¿Quién es?

MITILENE

Tu hermana soy. ¿Qué encanto vano

te suspendió el osado pensamiento,

o en la garganta te anegó el aliento?

DACIANO

¿Es mi hermana?

MITILENE

Yo soy, mueve las plantas.

CELEDONIO

¿A estas horas, Daciano, te levantas?

En sueños poco ha, con nueva suerte,

estabas ensayándote a la muerte

y tan presto asombrado,

¿Quieres representarnos lo ensayado?

TORREZNO

¡Ah Daciano! ah mi dueño! ¿Qué es aquesto?

¿Soñaste que eras calvo? Dilo presto.

Razón tienes, si acaso lo has soñado,

de marido celoso te has quedado.

DACIANO

¿Quién es?

TORREZNO

Torrezno soy, ¿no me conoces?

que he venido a tus voces.

DACIANO

Y tú, dime, ¿quién eres?

CELEDONIO

Celedonio, Señor, al que más quieres.

DACIANO

Ya te conozco.

CELEDONIO

Vuelve en tu cordura,

y no pase tu asombro a ser locura;

cobra a la mano el valeroso acero.

DACIANO

¡Ay Celedonio! déjame primero,

si mi daño o mi muerte no te agrada

costrar el brazo, que cobrar la espada.

¿No miras este brazo, nunca incierto,

que alumbra a estotro porque yace muerto?

¿No miras, si a piadoso te adelantas,

ser el imán, la tierra de mis plantas,

que me empieza a gastar este edificio?

Estoy muerto, y es tierra, hace su oficio.

CELEDONIO

Mueve los pasos, los impulsos mueve.

(Dale la espada CELEDONIO, y tócale el brazo y queda bueno.)

Y el llanto deja, que el semblante bebe.

DACIANO

Cuando piadoso llegas,

Di, Celedonio, ¿mandas o me ruegas?

CELEDONIO

¿Porqué lo dices?

DACIANO

Porque ya se atreve

a cobrarse la sangre entre la nieve;

el hielo, ya que mi valor provoca,

en viento se derrama por la boca.

El brazo siento ya con movimiento

y me revisto ya de otro elemento;

ya parece que vuelvo a ser más mío,

desatado consiento al albedrío,

y no sé qué deidad en ti contemplo

que haces ejecución tu mandamiento:

y si a los dioses más deidad prefieres,

manda mucho, pues haces lo que quieres.

CELEDONIO

Sólo, Señor, te pido,

que cuentes lo que aquí te ha sucedido.

DACIANO

Toma esa antorcha, y dame tú esa espada,

la sangre ya averiguo restaurada.

MITILENE

Prosigue, di, Señor, tus sentimientos.

CELEDONIO

Cuéntanos tu cuidado.

DACIANO

Estadme atentos:

Esta ciudad de roca,

que en las murallas de los cielos choca;

esta ciudad gigante

que roza esos confines de diamante,

a quien ni el tiempo ni la envidia borra,

es, amigos, la antigua Calahorra,

a quien tengo cercada,

que de tres mil cristianos amparada

se apuesta rayo a rayo al sol ardiente,

y véngola a cercar, porque...

CELEDONIO

Detente,

porque ya en una crónica leíste

que esta ciudad antigua se resiste

desde Pompeyo, aquel primer romano,

y tú, indignado, sí, mas no tirano,

después que se han pasado siglos de años,

vienes averiguando los engaños

de dos deidades que se aparecieron,

y sin vencer al mismo sol vencieron.

MITILENE

Deja esto, pues tu enojo la ha cercado,

y cuéntanos, Señor, lo que ha pasado.

CELEDONIO

Muéveme a tu cuidado, di este exceso.

TORREZNO

Este suceso cuenta.

DACIANO

Va el suceso

por la muerte del sol, con luces bellas,

lloraba aquel ejército de estrellas,

y la confusa noche

iba acechando el tachonado coche,

cuando en mi tienda al lecho blando encargo

que me atiende a las sombras del letargo;

dormime, siendo a un alma aún no rendida

paréntesis el sueño de la vida;

y apenas divididos

obraban a su gusto los sentidos,

cuando una voz me llama tan sentida
que por la lengua habló de alguna herida
pues del que me la dio, decirlo puedo
que presumí que me llamó de miedo.
Vuelvo a buscar a aquel que me llamaba,
y en una blanca nube se ocultaba,
que te observaba con debido culto,
busquele sombra y admírele bulto.
Era un hombre clavado en un madero
tan apacible el rostro y tan severo,
que cuando estos extremos distinguía
nada de las dos cosas parecía.
Una diadema en su cabeza hermosa
siendo de espinas se trocó de rosa,
cuyas puntas a trechos desiguales
sacaron perlas fondas en corales;
y no es nuevo trasunto
ser perla y ser coral a un tiempo junto,
pues la sangre animosa que exhalaba
en sagrado coral se derramaba,
y al querer ayudarla o resolverla
lo que lánguido sale, aquello es perla.
Estaba su cabello dilatado
desigual a pedazos de erizado,
siendo con más vistosos arreboles

cada pelo un celaje de sus soles.
Medias lunas sus cejas una a una
daban trémula luz por ser de luna,
que en su divino cielo, azul semblante,
a un mismo tiempo estaban en menguante.
Sus ojos dos, como a su propio centro,
daban luz a su espíritu hacia dentro;
y por una lanzada que mostraba
la luz que estaba dentro se exhalaba.
En su mejilla hermosa,
en lirios la mitad, la mitad rosa,
cinco injurias tenía señaladas
de una mano y a un tiempo ejecutadas:
sus labios de topacio a entrambos lados
de granates estaban respuntados;
que como sangre pura resultaba
que de sus dos jacintos destilaba,
tropezando en la boca limpia y pura,
lo que lastima fue, quedó hermosura.
La barba sobre el pecho declinada
la cabeza de dejó descuadrada,
moviendo mucho más al dolor fuerte
la humildad del morir, que ver la muerte.
Salpicada su sacra piel de abrojos
para enseñar más bellos sus despojos,

mostró divinas entretelas puras,
por lo roto de humanas picaduras.
Por el espacio de sus sienes rojas
desatadas a trechos sus congojas,
resumidos en agua sus dolores
tan yertos se asomaban a sudores,
que al desatarse al mar de aqueste cielo,
en el camino se cuajaron hielo;
por los pies y las manos desangrado,
en púrpura, anegaba todo el prado.
Deidad, le dije, ¿cómo, si lo eres,
sangriento vives y glorioso mueres?
Y me parece a mi que me decía:
Esta que ves correr, púrpura fría
de mi pecho, que es piélagos profundo,
sale a pagar la ardiente sed del mundo,
y asegurando mi temor prolijo
habló sin voz y sin discursos dijo:
no me persigas; déjame, Daciano,
o espérate al castigo de mi mano;
levanta el cerco, y mis cristianos deja,
con el precepto mío te aconseja;
por ti el coral que ves he derramado,
no desperdicies lo que me has costado;
llega a ser Fénix de tan viva llama,

mi amor te invoca y mi piedad te llama
mi muerte te convida,
no trueques a una fama tanta vida
ni de tu indignación seas vasallo.
Despierto a responderle y no le hallo
sin luz y deslumbrado ahora llego
por dos efectos a buscarle ciego,
y si antes le escuchaba más posible,
ahora le distingo incomprendible.
Los sentidos suspendo,
quírole hallar, y no le comprendo;
si acaso le amenazo
la ejecución me inhabilita el brazo;
si hombre le juzgo, muy deidad le advierto,
y si deidad, también le extraño muerto:
para ser hombre, admírole invisible;
para ser Dios, señálole pasible;
para ser sueño, es inucho lo que toco;
para verdad, lo que me templo es poco.
Si él es Dios, y si puede suspenderme,
¿Cómo manda, pudiendo convencerme?
Y si quiere triunfar deste despojo,
o me mate o me quite de mi enojo:
y si él Dios solo, sólo así se excede,
¿Cómo puede mandar y obrar no puede?

De suerte, que yo me hallo tan confuso,
que está el valor sin uso,
la razón muy prudente,
neutral la vida, el alma indiferente;
indeciso el dolor, remiso el labio;
si dejo mi intención, mi fama agravio.

Dudo si espero, temo si lo dejo

dadme como prudentes el consejo.

CELEDONIO

Invictísimo Daciano,

tú, que apuestas vengativo

a eternidad en el bronce,

y a duración en los siglos:

pues siempre me has estimado

y los dos hemos vivido,

yo sin lisonjas, vasallo;

tú señor, sin albedrío,

yo dueño de tus cuidados,

y tú Atlante de los míos,

lo que te debo en favores

te desquitaré en avisos,

esa celestial visión

que como dices has visto,

que de la octava techumbre

rompió el alcázar de vidrio;

ese que te viene en sombras

a duplicar los sentidos
pues te despierta dos veces
del letargo y del hechizo,
es el verdadero Dios,
que en ese madero fijo
te viene a enseñar en sombras
lo que no intenta en prodigios;
ese, que cárdeno viste,
de la púrpura teñido,
mover aquel duro tronco
a quejas y a parasismos,
es Cristo, el Dios verdadero,
que con celo peregrino
fuente a los hombres se exhala
si no se desangra río;
diez años son, gran Daciano,
diez años los que te sirvo,
dejándole a mi silencio
lo que pudiera al suplicio
oculto secretamente,
y cristianamente vivo
en la verdadera ley
de un Dios solo y de un Dios trino
yo soy cristiano, Señor,
que hasta ahora no he querido

descubrirme; pero ya
que me provoca, tú mismo
a que te preste el consejo,
fuera no cumplir conmigo
oscurecerte evidencias
que llegan a ser avisos;
y yo bien puedo callar
la ley cristiana que sigo;
mas llegado a preguntarme,
que me declare es preciso;
Señor, ni busco tus reinos,
ni tus honras solicito,
ni a tus favores me guardo,
ni a tus grandezas aspiro;
Cristo es el sólo Dios,
los que adoras son fingidos;
yo te quiero bien, Señor,
y búscote reducido,
no idólatra.
DACIANO
Tente, calla
luchando vienen conmigo
una razón que me avisa
y un espíritu que he visto
pero yo acredito sombras,
yo ilusiones imagino,

y ni a tu valor me dejo,
ni a Celedonio castigo?
Cerrarme quiere los ojos
a las verdades que miro
de los verdaderos dioses
con encantos y prodigios;
¡Vive Apolo! a cuyos rayos
es todo el orbe Narciso,
pues que mirándose en ellos
se enamora de sí mismo;
que he de estrenar mi rigor
en el que más he querido,
y que ha de ser el ejemplo
de los cristianos altivos.

¿Hola?

CRIADO

¿Señor?

DACIANO

Lleva preso

a este cristiano atrevido;
y pues los ojos me ciega
con encantos, con hechizos,
sacadle los suyos luego,
por víctima y sacrificio
que a los inmortales dioses
consagra el afecto mío;
¿Pero yo he de mandar esto?

Mas si fama solicito,
y si a los dioses agrado,
¿Cómo no me determino?
Los ojos, digo otra vez,
si no se culpa a sí mismo,
y a nuestra ley verdadera
no se reduce advertido
le sacad, aunque presumo
que no es muy grave el castigo,
pues no importaban los ojos
a quien tan ciego ha vivido;

ea, llevadle.
MITILENE
Señor,

si valen algo contigo
de una llama los afectos,
de una razón los avisos,
ya que airado a sus razones
le entregaste el un oído,
a la piedad de mis quejas
préstame el otro propicio.
Este joven que castigas
de tus pasiones movido,
más por la fuerza de estado
que por razón de albedrío,
ayer era tu privanza,

y con nombre de valido
te iba aliviando la carga
de tan pesado edificio.
Conmigo ayer le casabas,
y hoy, poco estable contigo,
haces culpa su inocencia
y el consejo haces delito.
No porque sea cristiano
indignes tu acero limpio,
dale excepción a tu enojo,
redúcete más benigno,
que dar la ira al consejo
es hacer del rigor vicio.
No siempre para la sangre
se determinó el cuchillo,
para el amago tal vez
se indigna su airado filo.
Templa, templa tus pasiones,
redúcete más benigno,
no señales tu despojo
a quien nombras dueño mío.
Esta piedad no es amor,
este rigor si es delito;
no es ser recto ser airado,
ser prudente es ser activo.

Demás, que bien puede ser
que esta visión que tú has visto
no sea deidad: mas yo,
o lo dudo o lo confirmo.

Ese brazo, rama humana,
que seco, pálido y frío
pasó a mármol desde tronco
mira como él ha podido
tocándole con los suyos
volverle a su ser nativo.

Teme, hermano; teme, Cónsul,
que ese que viste ofendido
de sangre, mares de fuego
aborte desde el abismo.

Teme que se desencajen
las coronas de los riscos,
y llueva el cielo cometas
en vez del puro granizo.

Teme que la sangre humana
de tus soldados altivos
vaya tributando el feudo
al mar, imán de los ríos.

La indignación deste Dios
te está llamando al castigo,
si no quieres ver en rosa

cuanto ostenta el campo lirio.

Dale al tiempo la venganza,

no a la imprudencia el suplicio;

éste que siempre a tu lado,

no vasallo, ha sido amigo,

no privado, ha sido siempre

de tu voluntad ministro,

hoy le quieres escarmiento;

olvídese lo ofendido,

Celedonio es ya mi dueño

o lo ha de ser, y hoy publico

contra mi indignación

si cruel y inadvertido

quieres ver cadáver yerto

el que fue tu imagen vivo.

DACIANO

Detente, infame; ¿tú vuelves

por Celedonio? Imagino,

o que su ley apetece

o que tu cuidado ha sido

más para con él afecto

que pasión para contigo;

mas hoy de los dos a un tiempo

he de tomar el castigo;

dél, porque cristiano es,

y de ti, porque has querido

posponer mi voluntad
a un villano que ayer vino
desde su patria León,
sin que alguno haya sabido
quién es su padre, ni él quiera
publicallo ni decillo;

¡Júpiter vive! ¿Vasallos?
VASALLOS
¿Qué mandas?
DACIANO
Lleva al suplicio

a ese ingrato.
CELEDONIO
¿Tú, Daciano,

tan cruel, tan vengativo,

tú no me has criado?
DACIANO
Sí.
CELEDONIO
¿No sabes que te he servido?
DACIANO
No lo niego.
CELEDONIO
Pues repara...
DACIANO
Mi venganza solicito.
CELEDONIO
Que soy a quien más quisiste.
DACIANO
Es verdad.
MITILENE
¿Tú tan impío?
DACIANO
Ya me entenece, llevadle.
CELEDONIO
¿Esta es venganza?
DACIANO
Es castigo.
MITILENE
Es rigor.
DACIANO

Yo lo consiento.

CELEDONIO

Es impiedad.

DACIANO

Yo la admiro.

CELEDONIO

Pues vengan iras, venganzas,

amenazas y martirios,

pues hoy tu privatiza dejo

por ser privado de Cristo.

(Vanse.)

Sale MARCELO, padre de CELEDONIO, y EMETERIO, niño, hijo suyo.

EMETERIO

¿Posible es, padre y señor,

que entregarte quieras tanto,

desde la injuria del llanto

al tormento del dolor?

¿Tú, que el lauro de prudente

único te has conquistado,

te sujetas a un cuidado,

y rindes a un accidente?

Válete de tu valor,

cobra, reduce tu ser,

que dejarte así vencer

es linaje de temor;

y puesto, Señor, que llores

recelos tan bien fundados,

consulta los declarados

y los sentirás menores.

MARCELO

Hijo, si no he respondido

es porque aqueste cuidado
no puede vivir hablado,
y así ha de morir sentido;
y puesto que yo ni vos
daremos medio oportuno,
ya que no le dé ninguno
no le sintamos los dos.

EMETERIO

¿Y también ser no pudiera

que en llanto tan desigual

le halle yo la cura al mal

pues le miro desde fuera?

MARCELO

Allá voy a declararle,

pues aunque muero en sentirle,

lo que tardare en decirle

he de alargar en llorarle

para males tan prolijos

el cielo, aunque no deseados,

me ha dado doce cuidados

en doce varones hijos;

en León todos nacieron,

y habitando entre tiranos

vistieron como cristianos

y como hermanos vivieron.

Y aunque te adoro, sabrás,

que un hijo dellos perdí,

a quien quise más que a mí,
mas no el que me quiere más
Celedonio le llamé,
y éste a Roma se partió,
y desde que me dejó
tan sentido me quedé,
y subió el dolor a tanto
en mis esperanzas vanas,
que vino a parar en canas
lo que fue naciendo en llanto.
Doce años ha que no sé
si este hijo que juzgo incierto
en la fe cristiana ha muerto
o ahora vive en la fe.
Hanme dicho que Daciano,
este idólatra cruel,
aqueste soberbio infiel,
este atrevido villano,
un privado trae consigo,
que Celedonio se llama,
y he venido por la fama
a este ejército contigo
por ver si pudiera hallarle
entre todos escondido;
el amor de padre ha sido

el que me trae a buscarle
y así te traigo también,
porque en pena tan mortal
o me aconsejas al mal
o me reportes al bien.
Sólo temo que Daciano,
de su lealtad satisfecho,
por fuerza no le haya hecho
que deje el nombre cristiano.
Y si con tan vil intento
su ley cristiana pervierte,
antes me alcance la muerte
que deje mi sentimiento.
Pues más quiero en mi cuidado,
si ha de darme más enojos,
llorarle muerto a mis ojos
que hallarle tiranizado.
VOCES (Dentro.)
Seguidle todos, romanos,
muera el cristiano soberbio
atajad al monte, al monte.
MARCELO
Un hombre el rostro sangriento,
perseguido de la turba
de un vulgo, entre aquellos cedros,
más que en las ramas que encuentra
va tropezando en sí mismo.

Aquí imagino que llega,
ampare tu vida el cielo;
hacia aquí puedes librarte
llega, bizarro mancebo;
ampárate de las ramas
de ese frondoso portento
por donde el sol no ha podido
emboscar sus rayos bellos.

¡Qué de piedades me debes
antes del conocimiento!

Y según las he sentido

parece que se las debo.
Sale CELEDONIO tropezando, sacados los ojos.

CELEDONIO

Hacia aquí he sentido voces

y hacia aquí pisadas siento;

romanos, si sois piadosos,

o si se halla en vuestros pechos

una piedad a una queja

y un amparo para un riesgo,

muévaos el verme sin ojos,

tan deslumbrado a atenderos

que le he añadido al oído

lo que en la vista padezco.

Guardadme de los tiranos

que por ese monte espeso,

repartido en piedras duras

me tiran un elemento.

No porque la muerte culpo,

sino porque en este tiempo

merezco en él dilatarla

más que en sufrirla merezco.

Ea, romanos, guardadme,

y pues os debo el deseo,

puesto que me habéis llamado

dadme el amparo que es menos;

mirad que llegan.

MARCELO

Detente,

dale su lugar al pecho,

reprime la sangre pura

que de tus dos soles muertos

epitafio es que señala,

no lo que son, lo que fueron;

sosiega el llanto de sangre,

suspende el villano miedo,

haz valor de la desdicha,

y puesto que vienes ciego,

o llora lo sucedido

o espera lo venidero;

ya todos los que te siguen

por la falda de aquel cerro

no dejan señal en polvo

del lugar donde estuvieron;
por otra parte te buscan,
no te entregues al silencio,
sirva la voz de sentido
para alimentar el pecho,
y de lo que fue visivo
goce lo hablado los fueros.
CELEDONIO
Romanos, yo soy cristiano;
Daciano, el Cónsul, resuelto,
dejándome las del alma,
usurpó leyes al cuerpo;
declareme por cristiano;
los romanos, resueltos,
hechos jueces de mi causa,
hicieron fuerza al precepto;
hanme arrancado los ojos
fiando, poco discretos,
al arbitrio de mis pasos,
de mi ley los escarmientos;
todos me vienen tirando,
siendo el miserable objeto
de las piedras de sus montes
y los troncos de su cerros
no siento la muerte, no,
antes sus venganzas quiero,

más dilatado el castigo
añade el merecimiento,
y porque antes de morir
quisiera ver a Marcelo,
mi padre, que en las montañas
vive retirado y viejo;
diez años ha que le faltó,
diez años, y en todos ellos
ni ha sabido de mi llanto,
ni gozo de sus consejos,
doce éramos hijos suyos,

todos varones, y temo...

MARCELO

No prosigas, tente, aguarda,

que me has sacado resueltos

los dolores en ternezas,

y en gozos los desconsuelos,

¿Eres Celedonio?

CELEDONIO

Sí.

MARCELO

Hijo, llégate a mi pecho, (Abrázale.)

Comunicarete el alma,

ya que la vida no puedo;

Marcelo tu padre soy,

que con tu hermano Emeterio

desde León a buscarte

a aqueste ejército vengo;

hete hallado, y ya te lloro,
aún no te encuentro y te pierdo,
vivo imaginaba hallarte
y te distingo sangriento;
alégrome con tu vista,
y hallarte sin ella siento,
pero el cielo determina,
bien sabe lo que hace el cielo,
que no te halle vivo ahora,
pues fuera tal el contento,
que muriera de la dicha
mejor que de hallarte muerto;
y así las penas y glorias
tan prudentemente mezclo,
que estando unidas entrambas
se embarazan los efectos.
CELEDONIO
Dame los brazos, Señor,
llega a examinarme tierno,
sirvame el tacto siquiera
ya que la vista no tengo.
MARCELO
Aprovéchate del alma,
y haz ojos de los deseos,
que aunque es amor el que tienes,
no es ese el que llaman ciego.
EMETERIO
¿Y no abrazas a tu hermano?

CELEDONIO

Llega a abrazarme, Emeterio.

(Abrazanse.)

EMETERIO

Y a ser posible partir

contigo la vista, creo

que hiciera estrella mis ojos

para que vieras con ellos.

CELEDONIO

Llégate. ¿No es el menor

de mis hermanos?

MARCELO

Sospecho

que ya no se acuerda dél;

hijo sí, mas te prometo

que ha crecido y es galán,

es valiente y es modesto;

¡Ah! si le vieras ahora,

mal haya el ministro fiero

que hizo fuentes de coral

mis dos primeros espejos.

VOCES (Dentro.)

Llegad todos, aquí está.

MARCELO

Voces a esta parte siento.

Sale MITILENE.

CELEDONIO

¿Pues qué haremos?

MITILENE

No os turbéis:

una mujer soy, que vengo

de injurias y de piedades

convocada a un mismo tiempo.

¿Celedonio?

CELEDONIO

¿Quién me llama?

MITILENE

Mitilene soy, que intento

darte libertad, si quieres

huir el cercano riesgo.

Mi hermano, el cónsul Daciano,

provocado de su incendio,

de su enojo ocasionado,

obstinado de sus yerros,

por ese fragoso espacio

a darte muerte resuelto,

los polos examinando

mide el monte cedro a cedro

de los suyos instigado,

te amenaza tan sangriento,

que es fuerza dalle a la huida

lo que antes se pudo al ruego

todo el ejército junto

es tu enemigo, y sospecho,

que has de ser despojo aleve

de sus villanos aceros

si no me sigues ahora.

Un roble está en aquel cerro

cuyo circuito roído

por lo espacio y lo hueco

un hombre puede ocultar;

guardarte en su espacio quiero

en tanto que Proserpina

enluta los campos bellos,

y el sol, luminaria hermosa,

dora el polo contrapuesto.

Sin ojos estás; mas juzgo

que este despojo sangriento

se dio en señal de tu vida

para quitártela luego.

Sígueme, ven a ocultarte,

pues sólo deste secreto

tienen noticia mis ojos,

la tierra, el árbol y el cielo.

VOCES (Dentro.)

Ataja por esta parte

al valle, al río.

MITILENE

Los ecos

de las voces dan aviso

del suplicio venidero;

sígueme ya, Celedonio.

CELEDONIO

Mitilene, ya no puedo.

MITILENE

¿Porqué?

CELEDONIO

Porque éste es mi padre,

y éste mi hermano Emeterio,

y si ellos pierden la vida

perderla con ellos quiero.

MARCELO

Hijo, ve con Mitilene.

Sale TORREZNO.

TORREZNO

Huye, Celedonio, presto,

que cum fustibus et armis

en traje de alabarderos

bajan cuatro mil romanos

revestidos en tudescos.

¡Oh qué palo han dado a uno

porque atravesó por medio!

En el llano se descubren.

VOCES (Dentro.)

Al llano.

CELEDONIO

¡Piadosos cielos!

EMETERIO

Hermano, huye este peligro.

CELEDONIO

Como os ocultéis primero

en esta espesura.

MARCELO

Vamos,

llega conmigo, aunque temo

que no he de volver a hallarte,

pues te he perdido tan presto.

(Vanse los dos a esconder, MARCELO y EMETERIO.)

CELEDONIO

Vamos, Mitilene.

MITILENE

Vamos.

TORREZNO

Por hambre no tengas miedo,

que puesto que eres cristiano,

ya va contigo el Torrezno.

Al irse sale al encuentro DACIANO.

DACIANO

Quedaos todos; aquí están.

¿Hermana?

MITILENE

¿Señor?

DACIANO

¿Qué es esto?

¿Tú amparas a Celedonio?

MITILENE

¿Yo, Señor?

TORREZNO

Aquesto es hecho;

¡Más que los pringa conmigo

pero si yo los lardeo,

habiendo de ser asado,

no soy el que lleva menos.

DACIANO

(Ap. Para darme más enojos,

causados de mi piedad,

el alma está sin mitad,

mis ojos están sin ojos;

¿Quién pensará que he venido

hasta encontrarle indignado,

de mis vasallos llamado,

no de mi rigor movido?

Yo mandé este sacrificio;

mas para mayor tormento

lo dije de cumplimiento,

y ellos lo hicieron de oficio.

¡Quién no le hubiera encontrado

por no aumentar el dolor!

¡Que pueda más que mi amor
la obligación de mi estado!
¡Ah cielos, quién no le viera
en tanta sangre llorar!
¡Qué le quiera perdonar,
y que no pueda, aunque quiera!
¡Que esto haya de suceder!
¡Que él me hubiese de encontrar!
¡Qué ordinario es el hallar
al que no se quiere ver!
¡Que haya de ser mi trofeo
quien descansó mis cuidados!
¡Que me obliguen mis soldados
a lo que yo no deseo!
¡Que he de hacer, en conclusión,
lo que no quisiera hacer!
¿De qué me sirve el poder,
si ha de mandar la razón?)
¿Ah Celedonio?
CELEDONIO
¿Señor?
DACIANO
Por hallarte reducido,
a un tiempo vengo vestido
del castigo y del amor;
más de mi piedad advierte,
no la admires reducida,

que si en ella está tu vida
en tu lengua está tu muerte.
¿Para evitar mis enojos
quieres negarte a tu fe?
Habla, pues no te quité
la lengua como los ojos;
hoy te convida mi amor
otra vez a mi privanza,
o le guarda a la venganza
de mi enojo y mi rigor;
dos letras te pido aquí,
háblame pues te hablo yo.

¿No quieres la vida?
CELEDONIO
No.
DACIANO
¿Quieres ser cristiano?
CELEDONIO
Si.
DACIANO
Pues aunque a mi pena excedo

con mi amor y mi cuidado,

Celedonio, yo he deseado

darto perdón, y no puedo.

TORREZNO

¿Ves este porfiar eterno

con que a su Dios satisface?

¿Por qué piensas que lo hace?

DACIANO

¿Por qué?

TORREZNO

Por no irse al infierno.

Pero si tú quieres ver
cuán fácil es de alcanzar,
déjame llegarle a hablar
y le verás convencer.
Ciego, Celedonio, estás,
de dos maneras, advierte,
pues te entregas a la muerte
por un infierno no más.
Pues vase allá un boticario
por una cosa tan nada
que vende por rosada
el agua del letuario;
y con una cierta muda
les vende a ignorantes mil
el aceite del candil
por el aceite de ruda.
Y es tan cierto esto que ves
y es tan cierta su partida;
¿Y tú por guardar tu vida
no te podías ir después?
Vase allá el médico infiel
porque mete cada día
la mula en su librería
para que estudie por él;
y porque sus letras tome

y salga médica buena,

ella en el estudio cena

y él en el pesebre come.

Y en el pesebre que ves

a otros médicos convida

¿Y tú por guardar tu vida

no te podrás ir después?

DACIANO

Quita, necio.

TORREZNO

No me quites,

porque te quiero dar cuenta

de que por qué nunca yo

he de encargar mi conciencia.

DACIANO

Acaba, dímelo presto.

TORREZNO

Por callar cosa que sepa:

en fin, junto a aquestas ramas

hay dos cristianos, que piensan

librarse de tus rigores,

negarse a tus inclemencias,

Marcelo se llama el uno,

y es padre...

DACIANO

Acaba, no temas.

TORREZNO

De Celedonio, y el otro

es su hermano.

DACIANO

Detente, espera

yo mismo he de entrar por ellos;

y si la ley que profesan

no olvidan, con este acero

he de abrir puertas sangrientas

a sus corazones viles

que en cenizas se resuelvan,

y así...

Va a entrar por ellos DACIANO, y salen EMETERIO Y MARCELO.

MARCELO

Detente, Daciano;

esta edad, que por postrera,

crepúsculo es de la vida

pues a la muerte se acerca,

y esta infancia peregrina

hoy a tus iras se entregan

a dedicar dos gargantas

a tu cuchilla sangrienta.

CELEDONIO (Ap.)

Daciano encontró a mi padre.

MITILENE

¡Que esto a mi hermano dijeras!

TORREZNO

Yo no lo quise decir,

la culpa tuvo la lengua.

DACIANO

¿Estos dos son vuestros hijos?

MARCELO

Para saberlo quisiera

preguntar a Celedonio,

señor, con vuestra licencia

cuatro cosas.

DACIANO

Preguntadlas.

MARCELO

Celedonio, ¿tú confiesas

que es Cristo el Dios verdadero?

CELEDONIO

Si confieso.

MARCELO

¿No quisieras

tener mil vidas que darle?

CELEDONIO

Y que vivieran eternas,

porque Fénix al suplicio

tantas veces renaciera.

MARCELO

¿Tú Emeterio imitarás

aquestas pisadas mismas?

EMETERIO

Venga el martirio a mi cuello.

MARCELO

¿No tienes por evidencia

que son falsos esos dioses?

EMETERIO

Eso publica mi lengua.

MARCELO

Sí, Señor, mis hijos son.

DACIANO

¿Que esto los dioses consientan?

Llevad; mas no los llevéis,

que a quien tanto valor muestra,

o alguna deidad ampara

o algún Dios les aconseja.

VOCES (Dentro.)

Mueran los viles cristianos,

Gran Daciano, y no consientas

en injuria de los dioses

supersticiones adversas.

DACIANO

Ya no puedo remediarlo,

Celedonio; en fin, es fuerza

que has de morir, pues no quieres.

CELEDONIO

Los vanos consejos deja.

DACIANO

Mira que vas a morir.

CELEDONIO

Esa muerte es vida eterna.

DACIANO

¿Y tú imitas a tu hijo?

MARCELO

Yo sigo su sombra mesma.

DACIANO

¿Y tú?

EMETERIO

Sus estampas sigo.

DACIANO

Pues al suplicio los lleva,

que donde el ruego no vale,

sólo obrará la violencia.

(Llevan a los tres.)

MITILENE

Señor, ¿al que fue tu hechura

castigas desta manera?

¿Qué dejas al que aborreces

si así al que quisistes premias?

Mira que ya tus ministros

indignan las viles diestras

y que el amago se afila

a la ejecución sangrienta.

Mira que ya los tiranos

ponen las manos siniestras

en las cervices altivas,

y erizando sus cabezas

dan a la garganta el filo

y el suplicio a la sentencia.

DACIANO

¿Pues qué he de hacer?

MITILENE

Remediarlo.

DACIANO

¿Cómo puedo?

MITILENE

Acaba, llega.

DACIANO

Ya voy.

(Suena dentro ruido de truenos y terremoto.)

¡Válganme los cielos!

La máquina de la tierra

parece que busca centro

como si en sí no estuviera.

MITILENE

Mira aquellas dos montañas

que una con otra se encuentran,

y tropezando en sí mismas

dan al centro su materia.

DACIANO

¡Oh cómo los truenos crujen!

¡Cómo la luz titubea!

y el caos otra vez quiere

buscar su forma, primera;

sin duda que mueren ya;

ya con la muerte pelean

sin duda que son coral

sus gargantas de azucenas.

Sale LA NOCHE, y cúbrese todo el cielo.

MITILENE

¿No miras venir la noche

de negras sombras cubiertas,

trémula toda la luna,

tristes todas las estrellas?

DACIANO

¡Qué escuridades arrastra!

¡Oh cómo enluta las sierras!

(Va cubriendo el cielo la NOCHE, suena esta VOZ cantando.)

VOZ

Daciano, cónsul de Roma,

levanta el cerco. ¿qué esperas?

Estos a quien diste muerte

son desta ciudad defensa.

NOCHE

Y los que en el otro siglo

la defendieron las puertas

en el tiempo de Pompeyo;

parte, pues, no te detenga

ni tu error para intento

ni tu valor a la empresa.

Éste es el mayor blasón,

y para el tercero espera

en otro distinto siglo

la fama que edades cuenta.

(Vase la NOCHE por encima del tejado y quítase el velo.)

MITILENE

¡Qué de sombras! qué de horror

visten la región etérea!

¡Qué de relámpagos cruzan!

¡Qué de nubes se condensan!

DACIANO

Aquella visión divina

que vi en sueños, hoy me enseña

su deidad en mis engaños;
dejarme luz con que viera,
y derribarme la espada,
¿qué más precisa evidencia
de su deidad y mi error?
Pero siempre ¡ah cielos! llegan
sin tiempo los desengaños,
y presto las inclemencias.
MITILENE
Ea, Daciano, levanta

el cerco, el intento deja.
DACIANO
Démosle la espada al riesgo.
MITILENE
Hasta que los cielos quieran...
DACIANO
Que llegue el tercer blasón
MITILENE
Que el último siglo venga.

Jornada tercera

PERSONAS

REY DE CASTILLA

REY DE ARAGÓN

REY DE NAVARRA

LA INFANTA DOÑA URRACA

GUARDAINFANTE

EL CID

CELEDONIO

EMETERIO

(En esta tercera jornada vencen los Santos después de muertos, apareciéndose en sombras.)

Por una puerta salga EL REY DE CASTILLA, y por la otra LA INFANTA, EL CID, GUARDAINFANTE y ACOMPAÑAMIENTO.

INFANTA

Fernando, rey de Castilla,

cuyo católico celo

para esfuerzo te bastara

a no sobrarte el esfuerzo.

Seas mil veces bien hallado,

rama deste tronco regio.

REY DE CASTILLA

Doña Urraca de Castilla,

Infanta, cuyos luceros

fijos soles se han mostrado

en el firmamento vuestro,

seáis mil veces bien venida

héroe grande a quien el tiempo

os ha de escribir ufano

en caracteres de cielo.

CID

Dadme a besar vuestros pies.

REY DE CASTILLA

Alzad, Rodrigo, del suelo,

que quien en tan breves años

con tan atrevido esfuerzo
tres reyes tiene vencidos
en el andaluz imperio,
los brazos que le apercibe
se supo ganar él mismo.
GUARDAINFANTE
Deme a besar vuestra Alteza

de uno de sus veinte dedos
de los pies o de las manos,
el que le esté más a cuento.
REY DE CASTILLA
¿Quién sois?
GUARDAINFANTE
¡Lindo preguntar!

Soy un indigno escudero
de Rodrigo de Vivar,
el que más moros ha muerto

que un sastre dice verdades.
REY DE CASTILLA
Muy pocos serán.
GUARDAINFANTE
Concedo.
REY DE CASTILLA
Cómo os llamáis?
GUARDAINFANTE
Guardainfante.
REY DE CASTILLA
¿Qué es Guardainfante?
GUARDAINFANTE
Un enredo

para ajustar a las gordas
un molde de engordar cuerpos;
es una plaza redonda
adonde pueden los diestros

entrar a jugar las armas
por lo grande y por lo extenso;
es un encubre preñadas,
estorbo de los aprietos,
arillo de las barrigas,
disfraz de los ornamentos;
y es, en fin, el guardainfante
un enjugador perpetuo
que esté secando la ropa
sobre el natural brasero.

CID

Apártate, necio, a un lado.

GUARDAINFANTE

Apártame de ser necio

y haré lo que tú me mandas.

REY DE CASTILLA

Rodrigo y Urraca, hoy quiero,

como me deis atención,

declararos mis intentos;

a Córdoba os escribí

desde esta ciudad, diciendo

que trujeseis a la Infanta.

CID

Es verdad, y yo al momento

con la Infanta, mi señora,

vine a servirte dispuesto

a ayudarte con mi espada

y a obligarte con tus celos;

Ya estamos en Calahorra.

INFANTA

Y yo a obedecerte vengo.

CID

Prosigue, pues, tu intención.

INFANTA

Dinos, ¿qué intentas?

REY DE CASTILLA

Ya empiezo:

Esta ciudad generosa,

estorbo grande a los vientos,

competencia a reino tanto

y atalaya a tanto cielo,

es la insigne Calahorra,

cuyo valeroso esfuerzo

compitió con la Sagunto,

y hoy su nombre yace impreso

con buriles de la fama

sobre los bronces del tiempo.

Por tradiciones antiguas

dicen, que el grande Pompeyo

asaltó desta ciudad

los torreones excelsos;

y al romper sus baluartes

dos visiones se ofrecieron,

mucha hermosa resistencia

para tan pequeño objeto.

Cien años antes de Cristo,

de nacer él los trescientos

volviose Pompeyo a Roma,

y de corrido o de cuerdo
se diligenció la muerte
por castigo de sí mismo,
y por vivir en la fama
se murió de sentimiento.

Después de trescientos años,
Daciano, el cónsul, dispuesto
a romper tanto prodigio;
y a entrarse en tanto portento,
leyendo en un libro antiguo
aquel felice suceso,
dicen que rompió el volumen
y que arrojado y soberbio
a los engañosos dioses
en el sacrílego templo
por víctima a sus altares
prometió sus nobles cuellos.

Cercó, pues, esta ciudad,
y para tan arduo cerco
no dejó reciente flor
orearse del aire tierno,
sin que a los vegetativos
diese racionales cuerpos,
para la sed de sus huestes
por ser tan grande el exceso,

fueron sorbos cristalinos
los arroyos lisonjeros:
que agotados de la sed
entre el despojo sangriento,
ni aun para llorar su ruina
lágrimas de agua tuvieron.

Los árboles y las fieras
se vieron a un mismo tiempo,
las fieras allí bramando,
las ramas aquí crujiendo.

Con las ansias de la muerte
la fiera alteró el estruendo,
y se quejó con más fuerza
el árbol de hallarse seco.

Y, en fin, el cónsul Daciano
cortó los valientes cuellos
de dos cristianos altivos,
Celedonio y Emeterio;
y ocultando sus gargantas
en el tenebroso centro,
bien que hoy no se sabe donde
se guarde aqueste misterio.

Así como sus gargantas
cercenó el cobarde acero,
de las hojas celestiales

se desencajó el cuaderno.

Titubeó el sol en su esfera,

y errando los paralelos,

por sendas de líneas nuevas

iba atajando los cielos.

Cubriose con la guedeja

el rostro de oro avariento,

y a quererle competir

se asoma con los luceros.

Rompiose el eje, en quien carga

el coche hermoso Febeo,

sin madera rechinaron

los edificios del centro.

En la cuna de las aguas

la tierra se fue meciendo,

y a bramidos la arrullaron

el Ábrego, Noto y Cierzo.

La noche tenía emboscadas

en el cóncavo de un cerro

lo principal de las sombras

para acometer a Febo;

y por temblar la montaña

salieron antes de tiempo

por extrañeza en los aires

el rayo obró sin trueno,

el relámpago sin nube,
la lluvia sin vapor denso.
Camaleón ya la tierra
se sustentaba del Euro,
y como estaba en las sombras
se vistió su color mismo;
los elementos variaron,
átomo fue el firmamento,
y el concurso de las sombras
buscaba el caos primero;
a estos prodigios divinos
levantó Daciano el cerco,
y después de muchos años
los africanos tuvieron
en su imperio esta ciudad;
en este estado dejemos
a Calahorra, y volvamos
al más extraño portento
que ha dilatado la fama
con lenguas del bronce hueco.
¿No veis esos tres candados,
(Hay tres candados sobre una gruta.)
que en esa gruta están puestos?
Un prodigio es cada cual,
todos tres son un misterio;
el primer alarbe rey

que llegó a extender el cetro,
después de trescientos años
de este heroico vencimiento,
vio luces en esta cueva,
y por las sombras rompiendo
de su tenebroso espacio,
mandó que a inquirir el centro
entrasen seis alfaquies,
los que a la muerte resueltos
en su lóbrega morada
se olvidaron esqueletos
este mandó que cerrasen
el formidable bostezo
que a ser matriz de la sierra
parió el terrestre elemento,
y este candado le puso,
hasta que en siglos diversos,
Mucaulín, alarbe rey,
quiso atropellar él mismo
de este mágico prodigio
el laberinto soberbio;
y al entrar por esta cueva
con una antorcha, se oyeron
de lastimosas querellas
mal declarados acentos;

bajó por el cuerpo atado,
y apenas confuso y ciego
del volumen de las sombras
leyó el prólogo primero,
cuando dio voces arriba
que le sacasen, saliendo
cadáver el que entró alma,
mármol el que entraba incendio;
y solo habló una palabra
a sus vasallos, pidiendo
que echasen otro candado
a esta gruta, cuando luego
el que era volcán de llamas
quedó helado Mongibelo;
y después de muchos años,
Mostafá, rey más soberbio,
abriendo mayores bocas
a aquesta tumba del centro,
dos mil africanos manda
que con antorchas resueltos
examinen desta cueva
los ángulos más diversos;
y a sus obsequias dispuestos
con las luces que llevaban
se alumbraron ellos mismos;

ni en suspiros sacó el aire
la nueva deste suceso,
porque se atajó la queja
entre la lengua y el pecho;
éste, pues, de los candados
que miráis puso el tercero;
mas hoy que por los cristianos
quede esta ciudad, pretendo
la investidura forzosa
que por rey cristiano tengo
tres reyes quieren ser Rey,
mas yo por justicia excedo
al de Aragón y Navarra;
todos tres la pretendemos,
porque esta ciudad está
en la raya de tres reinos.
Yo, pues, ahora os llamé
para que los dos a un tiempo,
tú me ayudes con tu espada,
tu, Infanta, con tu consejo.
Ea, valiente Rodrigo,
ahora, ahora te quiero
arrojado en el peligro
y en lo peligroso cuerdo.
De la cinta desenvaina

esa segur, ese acero,
y estrénese en la justicia
por la defensa sangriento.

Sepa Aragón y Navarra
que nos toca de derecho,
si el valor es rey del alma
el alma deste misterio.

La defensa es natural,
y defender lo que es nuestro,
no es ir contra la concordia
que a la sacra fe debemos,
crezca el valor con las armas
en tu católico pecho,
y alárguese tu arrogancia
hasta el polo contrapuesto;
ea, hermosísima Infanta,
esos hermosos luceros
para soles desta empresa
guarden sus claros reflejos,
hasta que el cielo descubra
de aquesta cueva el secreto,
la razón de mi justicia,
de mi valor el aliento;
porque siendo esta ciudad
de la Castilla, tendremos

un cielo en pequeño espacio,
grande honor de vuestro imperio,
y el de Aragón y Navarra
en el propio vencimiento
tendrán por mayor blasón,
siquiera que compitieron;
así conseguimos glorias,
se efectúan los deseos,
se alcanzan las esperanzas
y se logran los afectos.
CID
Fernando valeroso,
cuyo pecho, valiente y generoso,
para voz ha nacido de la fama,
y por Fénix te aclama
cuanto circunda el mar y el sol campea,
así el África vea
de tus inclitas huellas
resucitar las flores en estrellas;
que esta lóbrega gruta
que de sombras enluta
tanto cuerpo de trémulos horrores,
se descubra a tus rasgos resplandores.
Rompe, Señor, estos candados fuertes,
epitafios que dicen tantas muertes,
labraste en lo eterno un mauseolo;

a ti te espera este prodigio solo;

y que el cielo lo quiere,

de tu celo, piedad, valor se infiere.

Ea, Señor, que con tu lado intento...

(Suene un clarín.)

Mas, ¿qué clarín por la región del viento,

ya con bélicas voces, ya suaves,

turba la muchedumbre de las aves?

(Suene otro en diferente parte.)

REY DE CASTILLA

Y otro por esta parte,

insignia ya del valeroso Marte

con ardientes acentos

atropella la escuadra de los vientos.

INFANTA

Del de Navarra son los escuadrones,

si no miente la insignia en sus pendones

CID

Estotros son del de Aragón valiente,

cuya copia de gente

baja a tan ardua guerra

apostando a las plantas de la tierra;

ea, Señor, aquestos son los reyes

que contra todas las divinas leves

quieren desta ciudad la investidura;

pero en vano procura

ni el de Aragón pisar sus torreones,

ni el de Navarra dar nuevos blasones

a sus héroes primeros,

no cortan en tu oprobio sus aceros.

REY DE CASTILLA

Pues vos, Rodrigo de Vivar, en tanto

que la noche descoge el negro manto,

salid a recibir al de Navarra;

vos, Infanta bizarra,

os retirad a aquesta torre ahora,

atalaya primera del aurora,

que recibir al de Aragón pretende

y a la Castilla este blasón defiendo. (Vase.)

CID

Pues yo por la espesura de ese llano,

nevado a trechos del enero cano,

al navarro pretendo hacer la salva,

y antes que Feho le pregunte al alba

si es hora de salir, viven los cielos

que he de dar el valor a mis desvelos;

yo he de intentar aquesta noche, digo;

pero tú, Guardainfante, ven conmigo.

GUARDAINFANTE

Que no hay quien guarde a mi señora, advierte,

y yo, por excusarine de la muerte,

presumo que es razón, en guerra tanta,

que un Guardainfante sea Guardainfanta.

CID

Ven conmigo, o por Dios...

GUARDAINFANTE

Ya te acompaño.

CID

Hoy verá Calahorra el más extraño

prodigio de valor que ha visto el mundo.

Adiós, señora.

(Vanse el Cid y Guardainfante.)

INFANTA

Rayo sin segundo,

a la esfera del suelo,

para que viva yo, líbrete el cielo,

¿Quién podrá apenas creer,

que por ser naturaleza,

me trae triste la grandeza,

me trae remisa el poder?

Va el albedrío a querer

y detiéndele el honor,

ríndese el alma al valor

y culpo mi amor en calma,

que no puede sin un alma

obrar perfecto un amor.

Voy a querer a Rodrigo

con resuelta voluntad,

y al verla desigualdad

mis intenciones castigo

cuando a mí propia me digo

esta afición rigurosa,

soy como la mariposa

que apenas nace a volar

cuando se llega a abrasar

sobre la llama amorosa.

¡Y que una hiedra fragante,
por lo amante o por lo fiel,
con ser más humilde que él
abraze el árbol gigante;
que ella le adore constante
porque amor los enlazó!
Y, en fin, ¡que el amor guardó
estas leyes primitivas
en almas vegetativas
y en las racionales no!
No van mis discursos buenos
si el honor se queda atrás;
yo estoy sintiendo ser más,
y él llorará porque es menos;
¡Oh a la razón cuán ajenos
son los lances del ardor!
¡Que haya en las fuerzas temor!
¡Y que haya en las glorias males!
¡Que nazcamos desiguales
naciendo igual el amor!
Pues reprimamos cuidados
a aqueste altivo ardimiento,
y el oculto sentimiento
ponga el silencio candados;
los impulsos arrojados

entrego al templo de honor;

válganse de mi valor

mis penas y ansias mortales.

¡Que nazcamos desiguales

naciendo igual el amor! (Vase.)

Salen EL CID Y GUARDAINFANTE con linterna, escala, un hacha, clavos, un martillo y eslabón.

GUARDAINFANTE

¿A dónde, Señor, me llevas

de treinta alhajas cargado?

¿Con tenazas y martillo,

luz, linterna, un hacha, clavos,

una escala, un eslabón,

y otros cuatrocientos trastos?

¿Qué casa hemos de escalar?

Si no es que a estas horas vamos

al prendimiento... ¡Ah, Señor!

¿De qué vienes tan turbado?

¿Mándate, Fernando, el rey

que a impedir salgas el paso

al rey de Navarra, y tú

a su obediencia has faltado

y me traes desta manera?

CID

Oye el caso más extraño

que imaginó el pensamiento.

GUARDAINFANTE

A que le cuentes te aguardo.

CID

Ya sabes que aquesta tarde

nos refirió el rey Fernando
que esta gruta esta cerrada
habrá cuatrocientos años;
desde aquel alarbe rey,
que en su tenebroso espacio,
o inspirado o temeroso

fijó el primero candado.
GUARDAINFANTE
Y bien, ¿qué quieres ahora?
CID
De tu valor ayudado

intento abrir esta cueva
que mi corazón bizarro
me está diciendo en el pecho
que a mí sólo está guardado

este secreto misterio.
GUARDAINFANTE
Señor, si no estás borracho,

a lo menos lo parece;
¿Qué demonio te ha tentado
a morir como pocero?

¿Pensarán todos los diablos
lo que has pensado tú solo?
CID
Deja las gracias, villano,

que has de entrar, viven los cielos.
GUARDAINFANTE
Bien me puedes hacer cuartos,
ochavos, tarjas, dineros,
maravedises, cornados;

pero eso de entrar, perdona,
que nunca fui aficionado
a cuevas y esto es tan cierto,
que no bebo en el verano
agua fría, solamente

por no bajar a enfriarlo.
CID
Digo, que has de entrar primero.
GUARDAINFANTE
¿Aun no tienes alcanzado

conmigo que entre el segundo,
y en primero estás porfiando?
¿Yo grutas? ¿en cuevas yo?

¿Yo espeluncas? si has pensado
que me aficiono a cisternas,

por Dios que es muy grande engaño.
CID
Acaba y no me repliques,

arranca luego esos clavos.
GUARDAINFANTE
Señor, lo que ningún moro

en tanto tiempo ha intentado,

¿Quieres intentar tú solo?
CID
A mi espíritu gallardo

nunca le asaltan temores.
GUARDAINFANTE
Ahora bien, yo los arranco

pero pienso que es mejor,
si no te causa embarazo,
que yo llame un cerrajero;

voy por él.
CID
Ya estás cansado,

y vive Dios...
GUARDAINFANTE
Soy un bruto,

y hablé por boca de ganso,
o por boca de gallina,
lo postrero es lo más llano
desenvaino la tenaza,

y, en fin...
CID
¿No acabas?
GUARDAINFANTE
Ya acabo;

este clavo va primero,
que es pequeño; salió el clavo;
(Saca las tenazas y el clavo.)

a fe que si ello importara,
que se hiciera más reacio;
pero ahora en los demás
me pienso ocupar gran rato
y ha de amanecer, por Dios,
entre tanto que los saco;
otro va, salió, por Cristo.

¿Qué les importa a estos clavos
estarse un año allí dentro?
no dirás que no despacho
mejor que diez cerrajeros;
este clavo, o yo me engaño,

está un poquillo durillo;

él salió, ¡lo que han porfiado
(Saca otro.)

estos clavos en salir?

CID

Rómpelos presto, villano,

o por Dios...

GUARDAINFANTE

Ya se han abierto

ellos mismos sin tocarlos.

¿No sabes qué he presumido?

que el que los puso indignado,

más miedo al clavarlos tuvo

que yo tengo en arrancarlos.

CID

Abre de presto la cueva.

GUARDAINFANTE

Como tú mandas la abro, (Abrela.)

Allá darás miedo, digo;

pero todo el miedo ha dado

sobre mí, y es imposible;

Ya está abierta. (Sale fuego.)

¡San Hilario!

el infierno es, juro a Dios.

CID

El pecho distingo helado;

pero este temor que tengo

es un temor tan osado

que cuanto dudo temiendo,

tanto gano ejecutando;

no hay estorbo a mi valor,
no a mi fuego hay embarazo,
leve es la llama que miro
para el incendio que guardo
demás, que aquella es señal
de los cielos soberanos,
pues que me avisa con luces
lo que en sombras he dudado;

levántate.

GUARDAINFANTE

Al cielo gracias,

que me dices que nos vamos.

CID

Para que pongas la escala

te lo digo.

GUARDAINFANTE

O tú eres diablo

capón, que ya los capones

son demonios desbarbados,

o tú eres saludador,

o has nacido en jueves santo,

o estás muy mal con tu vida,

o lo estás con tus criados;

señor, hagamos las cuentas

y págame mi salario,

que no te quiero servir;

(Mas yo he de ser alcanzado,

y no me está bien la cuenta).

CID

Ea, Guardainfante, subamos.
GUARDAINFANTE
Ahora bien, yo te obedezco;

la suso escala te clavo,
enciéndote el hacha, y digo,
que bajes luego allá bajo,
y haz primero testamento,
dime si tienes a cargo
alguna doncella, si
se usan doncellas ogaño;
yo me casaré con ella,
que ya no es nuevo en los amos,
después que han cogido el fruto
darle el árbol al criado.

Al ir hoy a recibir
con orden del rey Fernando,
al de Navarra, en el pecho
me dio el corazón mil saltos;
y siendo las alas lenguas,
la voz del valor me ha hablado
para que de aquesta gruta
rompa prodigios y encantos.

No sé qué temores siento;
¿Para cuándo, para cuándo
nació el valor en el pecho?
¡Perder la vida es un daño

y tener temor son muchos;
cuanto en resolverme tardo
tanto me tardo en vivir.

A aquesta cisterna bajo,
porque no se ha de decir,
siendo yo tan temerario,
que dejé de pavoroso
lo que de fiero he pensado.

Dame esa luz. (Baja por la escala.)

GUARDAINFANTE

Que me place;

en efeto has porfiado

morirte sin ocasión.

¿Oyes? Baja más a espacio,
que tiempo hay para morirte,

vuelve a casa pan ganado,

y mira...

CID (Dentro.)

¡Válgame el cielo!

GUARDAINFANTE

Vive el cielo que ha rodado,

y que se quebró la escala.

¡Ah Señor! aquesto es malo.

No responde. ¡Ah buen Rodrigo.

el soberbio castellano!

Aquí paz y después gloria.

El pobre Rodrigo ha dado

con los huevos en la ce.

O en el suelo con los cascos.

¡Ah, Señor! quibus finitus

nostra sinietur et actio.

¿Qué he de hacer? ¡Triste de mí!

Si me coge el rey Fernando

abierta la gruta ahora,

pensará que estoy culpado.

¿Pues qué remedio? Cerremos,

y pónganlos los candados

como estaban. Guardainfante

ha cumplido con su amo,

por ser amo es mi enemigo,

y pues le dejo enterrado,

buscar otro año quiero

que éste ya está despachado,

si digo que él está muerto,

yo tendré muy mal recado;

¡No se muriera entre todos!

Me dieran luto: diez años

había que lo deseaba

por si le daban de paño;

y ahora lo he de callar,

recojamos estos trastos

y adiós, Vivar infelice,

adiós, Vivar desdichado,

que yo voy a ver si puedo

despachar otros diez años. (Vase.)

Sale EL CID con el hacha en la mano turbado y ella muerta.

CID

Por este primer prodigio,

por ese segundo caos,

bruto albergue de las sombras,

con tanto horror voy entrando,

que pienso que vuelvo atrás

todo cuanto me adelanto;

la luz se murió al caer,

el pelo siento erizado,

aires a esta parte corren,

sombras viven a este lado,

y allí represados yacen

lagos de coral humano

en tumultos de esqueletos;

no sé dónde he tropezado,

cadáveres ya sin forma

cuantos yacen sepultados;

mina de las sombras es

este albergue dilatado,

y de escándalos y horrores

es un confuso palacio;

(Dentro ruido de cadenas.)

allí cadenas se escuchan

pero yo no las extraño,

quede los riesgos que espero

este es el menor de tantos

luces a esta parte nacen,

sin duda se han levantado

para ser exhalaciones

desde el centro al aire vago.

VOZ (Dentro.)

¿Rodrigo?

CID

Una voz se escucha,

y pienso que me ha nombrado.

¿Si desde afuera me llaman?

que como es hueco este espacio,

reflecte el eco en la gruta;

mas responder es en vano,

que lo que ayuda al entrar,

al salir es embarazo.

VOZ (Dentro.)

¿Don Rodrigo de Vivar?

CID

Mas la voz se va acercando.

¿Quién me llama?

VOZ (Dentro.)

Entra acá dentro.

CID

Confieso que estoy turbado;

pero proseguir intento

cuantos prodigios o encantos

se empezaron de valor,

y de fuerza se acabaron.

¿Por dónde iré?

VOZ (Dentro.)

De esa luz
(Aparece una luz en el tablado, y esté de modo que vaya andando.)

sigue los ardientes pasos,

y entra donde te guiare.

CID

O el cielo tiene guardado

algún secreto prodigio,

o es algún mágico encanto.

¿Pero yo qué me confundo?

¿Pero yo qué me acobardo?

¿En las sombras valeroso,

y en las luces desmayado?

Pero hago muy bien, ahora

todos los temores gasto,

para quedarme después

con los valores sobrados

Ya voy a entrar; mas la luz

sin que la consienta mano,

sin que el brazo la corrija,

forma por el aire pasos

mas si me ayuda una luz,

si una luz me va guiando,

ni me confunda el recelo,

ni me atropelle el cuidado

fuego va para el valor,

luz va para el desengaño,

todos los he menester,

y a mi más, pues me adelanto

desde ser tan animoso

a parecer temerario;

antorcha ardiente prosigue

tus pasos de ardientes rayos,

que ya te sigue Rodrigo,

el soberbio castellano.

(Éntrese la luz, y él tras ella.)

Salen EL REY DE CASTILLA, EL REY DE ARAGÓN, EL REY DE NAVARRA, LA
INFANTA Y GUARDAINFANTE, y haya una mesa en un bufetón de tres esquinas.

INFANTA

Reyes cristianos, cuyas tres coronas,

atemorizan a las cinco zonas,

cuyo valor gallardo, sin segundo,

presta voz al clarín que toca el mundo;

ya que en la mesa estáis de aquesta roca

que en la maleza de ese monte toca;

y mesa de tan rara maravilla;

que es de Aragón, Navarra y de Castilla;

y en ella a un tiempo con discreto grado

cada cual en su reino está sentado;

si en lo que propongo no os molesto,

escuchad la concordia que os protesto.

Íñigo Arista, de Navarra Atlante,

don Jaime de Aragón, cuyo gigante

pecho le escribe al sol con letras de oro,

a entrambos sin perderos el decoro

que a ser reyes os debo,
con la licencia de mi rey me atrevo.
Este reino le toca a la Castilla;
Castilla tuvo la priniera silla
sobre Aragón, Navarra y toda España;
desde arriba procede aquesta hazaña.
Pues antes que los moros africanos
ganasen nuestra España a los cristianos
era todo de un cuerpo y ha de serlo,
si el mismo cielo quiere defenderlo.
El rey Fernando viene de Pelayo
y de sus iras se ha forjado rayo:
Pelayo ha restaurado a nuestra España,
así toca a Castilla; y esta hazaña
le compete a Fernando,
volveos a vuestros reinos, porque cuando
estorbe al vencimiento la malicia,
el cielo ha de volver por mi justicia.
REY DE ARAGÓN
Esta ciudad está en el reino mío,
y de mi brazo en vuestro intento fío
que ha de sacarme siempre vitorioso,
sobre lo justo está lo valeroso;
doña Sancha, la reina, la ha traído
por su dote a Aragón.
REY DE NAVARRA
Yo he sucedido

con Navarra también en esta herencia,

y no pueden hacerme competencia

ni Aragón, ni Castilla;

a Navarra compite aquesta silla,

yo en mi reino y mi raya tengo asiento.

REY DE ARAGÓN

Y yo en mi reino estoy.

REY DE CASTILLA

Y yo me asiento

sobre la raya deste reino mío,

a mi reino compite el señorío.

GUARDAINFANTE

Si es la mesa de roca, es cosa llana

que echarla no podrán por la ventana.

INFANTA

¿Dónde el Cid estará, que no ha llegado

REY DE CASTILLA

¡Que el Cid en esta empresa haya faltado!

Ya yo estoy en mi reino.

REY DE ARAGÓN

Y yo en mi tierra.

REY DE NAVARRA

Y yo en mi reino estoy.

REY DE CASTILLA

Pues guerra, guerra.

REY DE ARAGÓN

Talaré las campañas de Castilla.

REY DE NAVARRA

Seré de fuego octava maravilla.

REY DE CASTILLA

Yo talaré del aire las regiones.

REY DE NAVARRA

Yo arbolaré en Castilla mis pendones.

REY DE CASTILLA

Hoy mi valor verán tres elementos.

Sale EL CID, turbado.

CID

Los impulsos dejad, y estadme atentos:

a bañarse en Occidente

la visión del cielo hermosa

iba al apagarse el día
en su dorada carroza,
y al entrar por los cristales
parecía, con ser roja,
minotauro de la espuma,
medio cristal, medio antorcha;
cuando tú, rey de Navarra,
diste a los vientos la tropa,
a la selva el estandarte,
y por la margen frondosa
de esas montañas diamante,
columna del cielo heroica,
a Calahorra bajabas.
Tú, don Jaime, por la roca
de aquel escollo de nieves,
que el linde a los cielos roza,
con la misma pretensión
descendiste a Calahorra.
Mandome Fernando entonces
que a vuestro impulso me oponga;
salgo a recibirlos solo,
y apenas por la escabrosa
maleza de aquesos montes
mi ligera planta toca,
cuando esa lóbrega gruta

que es de Proserpina alcoba
y en su tenebroso lecho
recuesta todas las sombras,
a que osado la examine
o me anima o me provoca;
quiero pasar adelante,
y apenas el valor forma
pasos para deteneros,
cuando otra vez se revocan;
que era influencia del cielo,
y es mi resistencia corta.
Llego al horrible bostezo
de la esfera cavernosa,
abro la puerta a la gruta,
cuando en llamas vigorosas
para romper este encanto
miro señales medrosas;
requiero todo el valor
y hallo el valor que me informa,
y a las llamas me consagro
atrevida mariposa.
Desciendo la primer línea;
pero al tropezar en otra
de las sombras de la tierra
medí la turba copiosa.

El tacto aplico al recelo,
y sólo es que leves toca
insignias para el temor,
y para el valor discordias.

Un relámpago confuso
salió a embestir a las sombras,
y ellas para resistille
amigables se amontonan.

Los relámpagos crecían
y como sin nubes obran
imaginé que las peñas
se daban unas con otras.

Escándalos eran cuantos
en las sombras se aprisionan,
vapores se condensaban,
fuego allí la tierra aborta.

Allí cadenas se escuchan,
allí alaridos se forman,
respiraciones allí
se quejan tan presurosas
que un suspiro trae consigo
forzadas muchas congojas.

Quiérese el pelo erizar
y imán el valor le cobra
que se holgó de los horrores

para tener más vitorias.

En este abismo de dudas,
altiva una voz me nombra,
que fuera consuelo al riesgo
a no llamar lastimosa.

Pruebo la voz a la lengua
y al responder animosa
pareció que ella llamaba
al mismo que la provoca.

Pare una luz el abismo,
y aunque del abismo brota,
por parecer ser estrella
se fue moviendo ella propia.

A parasismos me alumbra,
que el aire a veces la estorba;
pero la vuelve a encender
otra vez el que la sopla.

Sígola, y ella me lleva
hasta una oscura mazmorra,
donde en cadenas atados
con encendidas antorchas
dos bultos eran blandones
de dos visiones hermosas.

Una tumba de zafir,
bordada a un tiempo de aljófar

era luctuoso albergue
de tanto efecto de gloria.
En sus gargantas divinas
miré dos señales rojas
que sobre fondos jazmines
eran pestañas de rosa.
Salen esas dos visiones,
que con estar yertas, postran
de modo, que parecían
animadas y corpóreas
de sus dorados cabellos,
crespos en menudas ondas,
se anegó, mal gobernada,
toda la caduca sombra;
llegan, y una pena rompen,
que era mordaza a la boca
desta queja, y por los vientos
me trasladan a la alfombra
de esta cristalina margen
que es regazo del aurora;
sobre un bufete de jaspe
ponen unas armas solas
un devoto crucifijo
con dos luces, y me exhortan
que de aquellas armas vele

las insignias valerosas;
velé las armas valiente,
y luego los dos me adornan,
armándome caballero
de las grebas a la gola
«Parte, entonces me dijeron,
a la defensa forzosa,
que para ser de Castilla
te ha menester Calahorra.
Y para que ahora sepas
quién te anima, quién te honra,
a quién debes esta fama,
de quién esta merced gozas,
Celedonio y Emeterio
son los que has hallado ahora,
que desde el cónsul Daciano
se ocultan en la mazmorra
de esa gruta. Di a Fernando
que ese rudo escollo rompa,
y que en culto más decente
nuestros sacros cuerpos ponga,
y o los dos reyes avisa
que entreguen a la corona
de Castilla esta ciudad,
y que ninguno deponga

la crueldad a la razón,
porque si el cielo se enoja,
volverá en mares de sangre
ríos y fuentes sonoras.»
Ea, valiente Fernando,
ahora es el tiempo, ahora,
que para tan grande hazaña
todo tu valor te importa;
Celedonio y Emeterio
son dos patronos que gozan
en la impírea hermosa esfera
de mártires la corona,
y que ocultos se aperciben
a que un templo les disponga
para patronos perpetuos
de la ciudad valerosa
y vosotros reducid
las espadas vencedoras,
para terror, para asombro
de las africanas costas,
no corre en cristianos pechos
esas cuchillas heroicas;
y tú a Navarra da vuelta,
tú vuélvete a Zaragoza;
por ley, por valor de herencia

aquesta ciudad nos toca,
por providencia del cielo,
porque el mundo lo pregona,
porque la defenderemos,
de tanta cuchilla corva;
porque es defensa segura
y allá aun no fuera dudosa,
y ganaremos a un tiempo
aplausos, honores, glorias,
eternidad para el tiempo,
para el intento victoria,
para la historia cuadernos,
y para la fama trompas.
REY DE ARAGÓN
Todo lo que has referido

tan confuso y asombrado,
mejor es para soñado
que ha de ser para creído.

Lo que llegaste a emprender
que ha sido, llevo a pensar,
más ardid para espantar
que valor para vencer.

CID

¿Luego dudáis la verdad

del suceso que os refiero?
REY DE ARAGÓN
Que ha sido ilusión infiero,

y fuera temeridad.

REY DE CASTILLA
¿Qué intentáis los dos?
REY DE ARAGÓN
Querer

ver tu campo destruido,

y en habiéndote vencido

la vitoria sortearemos.
REY DE NAVARRA
Yo esa concordia consiento.
CID

Yo a tu lado he de vencer.

REY DE ARAGÓN

Yo te sabré defender.

REY DE CASTILLA

Yo daros la muerte intento.

CID

En efecto, ¿no queréis

vencer tan varios extremos?

REY DE ARAGÓN

Sola esta ciudad queremos.

REY DE CASTILLA

¿Eso sólo resolvéis?

CID

Cruel estás.

REY DE ARAGÓN

Tú estás ciego.

GUARDAINFANTE

Retirarme aquí es hazaña.

REY DE CASTILLA

Pues dese en esa campaña

la batalla a sangre y fuego.

REY DE ARAGÓN

Más mi enojo me provoca.

REY DE CASTILLA

¿Eso resolvéis, en fin?

REY DE ARAGÓN

Sí.

REY DE CASTILLA

Toca al arma, clarín.

CID

Toca al arma.

REY DE ARAGÓN

Al arma toca.

(Vanse el rey de Castillo, el rey de Aragón y el rey de Navarra.)

GUARDAINFANTE

Suplico a vuesa merced
que me oiga dos mil palabras,
cuatro o cinco más o menos,
pues en palabras no hay tasa.

CID

¿Qué quieres?

GUARDAINFANTE

¿Llámame usted

para que a la cueva vaya,
y es bueno dejarme fuera,
y sólo abajo se baja?

¿Pues esto se puede hacer
con criados de mi casta?

¿He faltado alguna vez
ni a su lado ni a mi espada?
¿Y hacerme estar esperando
con todas aquestas barbas,
hasta ahora junto a la cueva?

Vive Cristo que me holgara
que no fuera usted mi amo,
que a puñadas, a estocadas,
le diera a entender quién son

los Guardainfantes de España.

CID

Yo pensé...

GUARDAINFANTE

No se disculpe,

y otra vez que a cuevas vaya,

bájeme vusted consigo.
(Tocan cajas.)

CID

Ya se empieza la batalla,

y detenerme no puedo. (Vase.)

GUARDAINFANTE

Pues Santiago y cierra España;

no tiene que llevar miedo,

supuesto que le acompaña

quien como le guardó en cuevas

le acompañará en batallas.

Sale EL REY DE ARAGÓN y EL CID, en batalla, despues de haberse acuchillado todos con mucho decoro.

REY DE ARAGÓN

Rinde las armas, Rodrigo,

al brazo de aquesta espada.

CID

Son oposiciones leves

todo Aragón y Navarra.

GUARDAINFANTE

Riñe, Cid, como quisieres,

que guardarte las espaldas

(Detrás del Cid.)

Nadie como yo en el mundo...

VOCES (Dentro.)

Cierra, Aragón y Navarra.

VOCES (Dentro.)

Vitoria por Aragón.

REY DE ARAGÓN

¿No miras que a voces cantan

la vitoria por mi reino?

¿Cómo, dime, no te amparan

esas visiones que has visto?

CID

Ya las que he visto me amparan.

(Descúbreñse en lo alto en dos bufetones CELEDONIO y EMETERIO, con dos espadas, y las gargantas con sangre.)

REY DE ARAGÓN

¿Qué es esto? ¡Válgame el cielo!

CID

Dos visiones soberanas,

que desde el lóbrego centro

hasta las regiones vagas

a defenderme han salido,

y allí han dejado unas armas.

(Queden en el aire unas armas de Castilla de fuego.)

INFANTA

Del rey de Castilla son.

REY DE CASTILLA

Y allí unas letras doradas.

GUARDAINFANTE

Enigmas son de los cielos.

REY DE CASTILLA

¿Cómo dicen? Lente, aguarda.

REY DE NAVARRA

«Calahorra por Castilla.»

REY DE ARAGÓN

Pues si los cielos te amparan

marcha, a Aragón, atambor.

REY DE NAVARRA

Marcha, atambor, a Navarra.

REY DE ARAGÓN

Y la fama voladora...

REY DE NAVARRA

Y la voladora fama

con lenguas de bronce canto

el tercer blasón de España.

CID

Pues que después de su muerto

vencen las efigies santas

de Emeterio y Celedonio,

y aquí la comedia acaba.

GUARDAINFANTE

Y don Antonio Coello

de su primera jornada

pide perdón al Senado;

si estotras dos no os agradan,

hoy don Francisco de Rojas

pide perdón por entrambas.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

